Selección de cuentos

Charles Dickens

FUNDACIÓN Carlos Slim

Selección de cuentos

Dickens, Charles

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Dickens, Charles.
Obra de dominio público.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

EL MANUSCRITO DE UN LOCO

¡Sí…! ¡Un loco! ¡Cómo sobrecogía mi corazón esa palabra hace años! ¡Cómo habría despertado el terror que solía sobrevenirme a veces, enviando la sangre silbante y hormigueante por mis venas, hasta que el rocío frío del miedo aparecía en gruesas gotas sobre mi piel y las rodillas se entrechocaban por el espanto! Y, sin embargo, ahora me agrada. Es un hermoso nombre. Muéstrenme al monarca cuyo ceño colérico haya sido temido alguna vez más que el brillo de la mirada de un loco… cuyas cuerdas y hachas fueran la mitad de seguras que el apretón de un loco. ¡Ja, ja! ¡Es algo grande estar loco! Ser contemplado como un león salvaje a través de los barrotes de hierro… rechinar los dientes y aullar, durante la noche larga y tranquila, con el sonido alegre de una cadena, pesada… y rodar y retorcerse entre la paja extasiado por tan valerosa música. ¡Un hurra por el manicomio! ¡Ay, es un lugar excelente!

Me acuerdo del tiempo en el que tenía miedo de estar loco; cuando solía despertarme sobresaltado, caía de rodillas y rezaba para que se me perdonara la maldición de mi raza; cuando huía precipitadamente ante la vista de la alegría o la felicidad, para ocultarme en algún lugar solitario y pasar fatigosas horas observando el progreso de la fiebre que consumiría mi cerebro. Sabía que la locura estaba mezclada con mi misma sangre y con la médula de mis huesos. Que había pasado una generación sin que apareciera la pestilencia y que era yo el primero en quien reviviría. Sabía que tenía que ser así: que así había sido siempre, y así sería; y cuando me acobardaba en cualquier rincón oscuro de una habitación atestada, y veía a los hombres susurrar, señalarme y volver los ojos hacia mí, sabía que estaban hablando entre ellos del loco predestinado; y yo huía para embrutecerme en la soledad.

Así lo hice durante años; fueron unos años largos, muy largos. Aquí las noches son largas a veces… larguísimas; pero no son nada comparadas con las noches inquietas y los sueños aterradores que sufría en aquel tiempo. Sólo recordarlo me da frío. En las esquinas de la habitación permanecían acuclilladas formas grandes y oscuras de rostros insidiosos y burlones, que luego se inclinaban sobre mi cama por la noche, tentándome a la locura. Con bajos murmullos me contaban que el suelo de la vieja

casa en la que murió el padre de mi padre estaba manchado por su propia sangre, que él mismo se había provocado en su furiosa locura. Me tapaba los oídos con los dedos, pero gritaban dentro de mi cabeza hasta que la habitación resonaba con los gritos que decían que una generación antes de él la locura se había dormido, pero que su abuelo había vivido durante años con las manos unidas al suelo por grilletes para impedir que se despedazara a sí mismo con ellas. Sabía que contaban la verdad… bien que lo sabía. Lo había descubierto años antes, aunque habían intentado ocultármelo. ¡Ja, ja! Era demasiado astuto para ellos, aunque me consideraran como un loco.

Finalmente llegó la locura y me maravillé de que alguna vez hubiera podido tenerle miedo. Ahora podía entrar en el mundo y reír y gritar con los mejores de entre ellos. Yo sabía que estaba loco, pero ellos ni siquiera lo sospechaban. ¡Solía palmearme a mí mismo de placer al pensar en lo bien que les estaba engañando después de todo lo que me habían señalado y de cómo me habían mirado de soslayo, cuando yo no estaba loco y sólo tenía miedo de que pudiera enloquecer algún día! Y cómo solía reírme de puro placer, cuando estaba a solas, pensando lo bien que guardaba mi secreto y lo rápidamente que mis amables amigos se habrían apartado de mí de haber conocido la verdad. Habría gritado de éxtasis cuando cenaba a solas con algún estruendoso buen amigo pensando en lo pálido que se pondría, y lo rápido que escaparía, al saber que el querido amigo que se sentaba cerca de él, afilando un cuchillo brillante y reluciente, era un loco con toda la capacidad, y la mitad de la voluntad, de hundirlo en su corazón. ¡Ay, era una vida alegre!

Las riquezas fueron mías, la abundancia se derramó sobre mí y alborotaba entre placeres que multiplicaban por mil la conciencia de mi secreto bien guardado. Heredé un patrimonio. La ley, la propia ley de ojos de águila, había sido engañada, y había entregado en las manos de un loco miles de discutidas libras. ¿Dónde estaba el ingenio de los hombres listos de mente sana? ¿Dónde la habilidad de los abogados, ansiosos por descubrir un fallo? La astucia del loco los había superado a todos.

Tenía dinero. ¡Cómo me cortejaban! Lo gastaba profusamente. ¡Cómo me alababan! ¡Cómo se humillaban ante mí aquellos tres hermanos orgullosos y despóticos! ¡Y el anciano padre de cabellos blancos, qué deferencia, qué respeto, qué dedicada amistad, cómo me veneraba! El anciano tenía una hija y los hombres una hermana; y los cinco eran pobres. Yo era rico, y cuando me casé con la joven vi una sonrisa de triunfo en los rostros de sus necesitados parientes, pues pensaban que su plan había funcionado bien y habían ganado el premio. A mí me tocaba sonreír. ¡Sonreír! Reírme a carcajada limpia, arrancarme los cabellos y dar vueltas por el suelo con gritos de gozo. Bien poco se daban cuenta de que la habían casado con un loco.

Pero un momento. De haberlo sabido, ¿la habrían salvado? La felicidad de la hermana contra el oro de su marido. ¡La más ligera pluma lanzada al aire contra la alegre cadena que adornaba mi cuerpo! Pero en una cosa, pese a toda mi astucia, fui

engañado. Si no hubiera estado loco, pues aunque los locos tenemos bastante buen ingenio a veces nos confundimos, habría sabido que la joven antes habría preferido que la colocaran rígida y fría en una pesado ataúd de plomo que llegar vestida de novia a mi rica y deslumbrante casa. Habría sabido que su corazón pertenecía a un muchacho de ojos oscuros cuyo nombre le oí pronunciar una vez entre suspiros en uno de sus sueños turbulentos, y que me había sido sacrificada para aliviar la pobreza del hombre anciano de cabellos blancos y de sus soberbios hermanos.

Ahora no recuerdo ni las formas ni los rostros, pero sé que ella era hermosa. Sé que lo era, pues en las noches iluminadas por la luna, cuando me despierto sobresaltado de mi sueno y todo está tranquilo a mi alrededor, veo, de pie e inmóvil en una esquina de esta celda, una figura ligera y desgastada de largos cabellos negros que le caen por el rostro, agitados por un viento que no es de esta tierra, y unos ojos que fijan su mirada en los míos y jamás parpadean o se cierran. ¡Silencio! La sangre se me congela en el corazón cuando escribo esto… ese cuerpo es el de ella; el rostro está muy pálido y los ojos tienen un brillo vidrioso, pero los conozco bien. La figura nunca se mueve; jamás gesticula o habla como las otras que llenan a veces este lugar, pero para mí es mucho más terrible, peor incluso que los espíritus que me tentaban hace muchos años… Ha salido fresca de la tumba, y por eso resulta realmente mortal.

Durante casi un año vi cómo ese rostro se iba volviendo cada vez más pálido; durante casi un año vi las lágrimas que caían rodando por sus dolientes mejillas, y nunca conocí la causa. Sin embargo, finalmente lo descubrí. No podía evitar durante mucho tiempo que me enterara. Ella nunca me había querido; por mi parte, yo nunca pensé que lo hiciera; ella despreciaba mi riqueza y odiaba el esplendor en el que vivía; pero yo no había esperado eso. Ella amaba a otro y a mí jamás se me había ocurrido pensar en tal cosa. Me sobrecogieron unos sentimientos extraños y giraron y giraron en mi cerebro pensamientos que parecían impuestos por algún poder extraño y secreto. No la odiaba, aunque odiaba al muchacho por el que lloraba. Sentía piedad, sí, piedad, por la vida desgraciada a la que la habían condenado sus parientes fríos y egoístas. Sabía que ella no podía vivir mucho tiempo, pero el pensamiento de que antes de su muerte pudiera engendrar algún hijo de destino funesto, que transmitiría la locura a sus descendientes, me decidió. Resolví matarla.

Durante varias semanas pensé en el veneno, y luego en ahogarla, y en el fuego. Era una visión hermosa la de la gran mansión en llamas, y la esposa del loco convirtiéndose en cenizas. Pensé también en la burla de una gran recompensa, y algún hombre cuerdo colgando y mecido por el viento por un acto que no había cometido… ¡y todo por la astucia de un loco! Pensé a menudo en ello, pero finalmente lo abandoné. ¡Ay! ¡El placer de afilar la navaja un día tras otro, sintiendo su borde afilado y pensando en la abertura que podía causar un golpe de su borde delgado y brillante!

Finalmente, los viejos espíritus que antes habían estado conmigo tan a menudo me susurraron al oído que había llegado el momento y pusieron la navaja abierta en mi mano. La sujeté con firmeza, la elevé suavemente desde el lecho y me incliné sobre mi esposa, que yacía dormida. Tenía el rostro enterrado en las manos. Las aparté suavemente y cayeron descuidadamente sobre su pecho. Había estado llorando, pues los rastros de las lágrimas seguían húmedos sobre las mejillas. Su rostro estaba tranquilo y plácido, y mientras lo miraba, una sonrisa tranquila iluminó sus rasgos pálidos. Le puse la mano suavemente en el hombro. Se sobresaltó… había sido tan sólo un sueño pasajero. Me incliné de nuevo hacia delante y ella gritó y despertó.

Un solo movimiento de mi mano y nunca habría vuelto a emitir un grito o sonido. Pero me asusté y retrocedí. Sus ojos estaban fijos en los míos. No sé por qué, pero me acobardaban y asustaban; y gemí ante ellos. Se levantó, sin dejar de mirarme con fijeza. Yo temblaba; tenía la navaja en la mano, pero no podía moverme. Ella se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba cerca, se dio la vuelta y apartó los ojos de mi rostro. El encantamiento se deshizo. Di un salto hacia delante y la sujeté por el brazo. Lanzando un grito tras otro, se dejó caer al suelo.

Podría haberla matado sin lucha, pero se había provocado la alarma en la casa. Oí pasos en los escalones. Dejé la cuchilla en el cajón habitual, abrí la puerta y grité en voz alta pidiendo ayuda.

Vinieron, la cogieron y la colocaron en la cama. Permaneció con el conocimiento perdido durante varias horas; y cuando recuperó la vida, la mirada y el habla, había perdido el sentido y desvariaba furiosamente.

Llamamos a varios médicos, hombres importantes que llegaron hasta mi casa en finos carruajes, con hermosos caballos y criados llamativos. Estuvieron junto a su lecho durante semanas. Celebraron una importante reunión y consultaron unos con otros, en voz baja y solemne, en otra habitación. Uno de ellos, el más inteligente y famoso, me llevó con él a un lado y me rogó que me preparara para lo peor. Me dijo que mi esposa estaba loca… ¡a mí, al loco! Permaneció cerca de mí junto a una ventana abierta, mirándome directamente al rostro y dejando una mano sobre mi hombro. Con un pequeño esfuerzo habría podido lanzarlo abajo, a la calle. Habría sido divertido hacerlo, pero mi secreto estaba en juego y dejé que se marchara. Unos días más tarde me dijeron que debía someterla a algunas limitaciones: debía proporcionarle alguien que la cuidara. ¡Me lo pedían a mí! ¡Salí al campo abierto, donde nadie pudiera escucharme, y reí hasta que el aire resonó con mis gritos!

Murió al día siguiente. El anciano de cabello blanco la siguió hasta la tumba y los orgullosos hermanos dejaron caer una lágrima sobre el cadáver insensible de aquella cuyos sufrimientos habían considerado con músculos de hierro mientras vivió. Todo aquello alimentaba mi alegría secreta, y reía oculto por el pañuelo blanco que tenía

sobre el rostro mientras regresamos cabalgando a casa, hasta que las lágrimas brotaron de mis ojos.

Pero aunque había cumplido mi objetivo, y la había asesinado, me sentí inquieto y perturbado, y pensé que no tardarían mucho en conocer mi secreto. No podía ocultar la alegría y el regocijo salvaje que hervían en mi interior y que cuando estaba a solas, en casa, me hacía dar saltos y batir palmas, dando vueltas y más vueltas en un baile frenético, y gritar en voz muy alta. Cuando salía y veía a las masas atareadas que se apresuraban por la calle, o acudía al teatro y escuchaba el sonido de la música y contemplaba la danza de los demás, sentía tal gozo que me habría precipitado entre ellos y les habría despedazado miembro a miembro, aullando en el éxtasis que me produciría. Pero apretaba los dientes, afirmaba los pies en el suelo y me clavaba las afilada uñas en las manos. Mantenía el secreto y nadie sabía aún que yo era un loco.

Recuerdo, aunque es una de las últimas cosa que puedo recordar, pues ahora la realidad se mezcla con mis sueños, y teniendo tanto que hacer, habiéndome traído siempre aquí tan presurosamente, no me queda tiempo para separar entre lo dos, por la extraña confusión en la que se hallan mezclados… Recuerdo de qué manera finalmente se supo. ¡Ja, ja! Me parece ver ahora sus mirada asustadas, y sentir cómo se apartaban de mí mientras yo hundía mi puño cerrado en sus rostros blancos y luego escapaba como el viento, y los dejaba gritando atrás. Cuando pienso en ello me vuelve la fuerza de un gigante. Miren cómo se curva esta barra de hierro con mis furiosos tirones. Podría romperla como si fuera una ramita, pero sé que detrás hay largas galerías con muchas puertas; no creo que pudiera encontrar el camino entre ellas; y aunque pudiera, sé que allá abajo hay puertas de hierro que están bien cerradas con barras. Saben que he sido un loco astuto, y están orgullosos de tenerme aquí para poder mostrarme.

Veamos, sí, había sido descubierto. Era ya muy tarde y de noche cuando llegué a casa y encontré allí al más orgulloso de los tres orgullosos hermanos, esperando para verme… dijo que por un asunto urgente. Lo recuerdo bien. Odiaba a ese hombre con todo el odio de un loco. Muchas veces mis dedos desearon despedazarlo. Me dijeron que estaba allí y subí presurosamente las escaleras. Tenía que decirme unas palabras. Despedí a los criados. Era tarde y estábamos juntos y a solas… por primera vez.

Al principio aparté cuidadosamente mis ojos de él, pues era consciente de lo que él no podía ni siquiera pensar, y me glorificaba en ese conocimiento: que la luz de la locura brillaba en mis ojos como el fuego. Permanecimos unos minutos sentados en silencio. Finalmente, habló. Mi reciente disipación, y algunos comentarios extraños hechos poco después de la muerte de su hermana, eran un insulto para la memoria de ésta. Uniendo a ello otras muchas circunstancias que al principio habían escapado a su observación, había terminado por pensar que yo no la había tratado bien. Deseaba saber si tenía razón al decir que yo pensaba hacer algún reproche a la memoria de su

hermana, faltando con ello al respeto a la familia. Exigía esa explicación por el uniforme que llevaba puesto.

Aquel hombre tenía un nombramiento en el ejército… ¡un nombramiento comprado con mi dinero y con la desgracia de su hermana! Él fue el que más había tramado para insidiar y quedarse con mi riqueza. Él había sido el principal instrumento para obligar a su hermana a casarse conmigo, y bien sabía que el corazón de aquélla pertenecía al piadoso muchacho. ¡Por causa de su uniforme! ¡El uniforme de su degradación! Volví mis ojos hacia él… no pude evitarlo; pero no dije una sola palabra.

Vi que bajo mi mirada se produjo en él un cambio repentino. Era un hombre valiente, pero el color desapareció de su rostro y retrocedió en su silla. Acerqué la mía a la suya; y mientras reía, pues entonces estaba muy alegre, vi cómo se estremecía. Sé que la locura brotaba de mi interior. Sentí miedo de mí mismo.

—Quería usted mucho a su hermana cuando ella vivía —le dije—. Mucho.

Miró con inquietud a su alrededor, y lo vi sujetar con la mano el respaldo de la silla; pero no dije nada.

—Es usted un villano —le dije—. Lo he descubierto. Descubrí sus infernales trampas contra mí; que el corazón de ella estaba puesto en otro cuando usted la obligó a casarse conmigo. Lo sé… lo sé.

De pronto, se levantó de un salto de la silla y blandió en alto, obligándome a retroceder, pues mientras iba hablando procuraba acercarme más a él.

Más que hablar grité, pues sentí que pasiones tumultuosas corrían por mis venas, y los viejos espíritus me susurraban y tentaban para que le sacara el corazón.

—Condenado sea —dije poniéndome en pie y lanzándome sobre él—. Yo la maté. Estoy loco. Acabaré con usted. ¡Sangre, sangre! ¡Tengo que tenerla!

Me hice a un lado para evitar un golpe que, en su terror, me lanzó con la silla, y me enzarcé con él. Produciendo un fuerte estrépito, caímos juntos al suelo y rodamos sobre él.

Fue una buena pelea, pues era un hombre alto y fuerte que luchaba por su vida, y yo un loco poderoso sediento de su destrucción. No había ninguna fuerza igual a la mía, y yo tenía la razón. ¡Sí, la razón, aunque fuera un loco! Cada vez fue debatiéndose menos. Me arrodillé sobre su pecho y le sujeté firmemente la garganta oscura con ambas manos. El rostro se le fue poniendo morado; los ojos se le salían de la cabeza y con la lengua fuera parecía burlarse de mí. Apreté todavía más.

De pronto se abrió la puerta con un fuerte estrépito y entró un grupo de gente, gritándose unos a otros que cogieran al loco.

Mi secreto había sido descubierto y ahora sólo luchaba por mi libertad. Me puse en pie antes de que me tocaran una mano, me lancé entre los asaltantes y me abrí camino con mi fuerte brazo, como si llevara un hacha en la mano y los atacara con ella. Llegué a la puerta, me lancé por el pasamanos y en un instante estaba en la calle.

Corrí veloz y en línea recta, sin que nadie se atreviera a detenerme. Por detrás oía el ruido de unos pies, y redoblé la velocidad. Se fue haciendo más débil en la distancia, hasta que por fin desapareció totalmente; pero yo seguía dando saltos entre los pantanos y riachuelos, por encima de cercas y de muros, con gritos salvajes que escuchaban seres extraños que venían hacia mí por todas partes y aumentaban el sonido hasta que éste horadaba el aire. Iba llevado en los brazos de demonios que corrían sobre el viento, que traspasaban las orillas y los setos, y giraban y giraban a mi alrededor con un ruido y una velocidad que me hacía perder la cabeza, hasta que finalmente me apartaron de ellos con un golpe violento y caí pesadamente sobre el suelo. Al despertar, me encontré aquí, en esta celda gris a la que raras veces llega la luz del sol, y por la que pasa la luna con unos rayos que sólo sirven para mostrar a mi alrededor sombras oscuras, y para que pueda ver esa figura silenciosa en la esquina. Cuando despierto, a veces puedo oír extraños gritos procedentes de partes distantes de este enorme lugar. No sé lo que son; pero no proceden de ese cuerpo pálido, y tampoco ella les presta atención. Pues desde las primeras sombras del ocaso hasta la primera luz de la mañana, esa figura sigue en pie e inmóvil en el mismo lugar, escuchando la música de mi cadena de hierro, y viéndome saltar sobre mi lecho de paja.

LA HISTORIA DEL VIAJANTE DE COMERCIO

Una tarde invernal, hacia las cinco, cuando empezaba a oscurecer, pudo verse a un hombre en un calesín que azuzaba a su fatigado caballo por el camino que cruza Marlborough Downs en dirección Bristol. Digo que pudo vérsele, y sin duda habría sido así si hubiera pasado por ese camino cualquier que no fuera ciego; pero el tiempo era tan malo, y la noche tan fría y húmeda, que nada había fuera salve el agua, por lo que el viajero trotaba en mitad del camino solitario, y bastante melancólico. Si ese día cualquier viajante hubiera podido ver ese pequeño vehículo, a pesar de todo un calesín, con el cuerpo de color de arcilla y las ruedas rojas, y la yegua hay y zorruna de paso rápido, enojadiza, semejante a un cruce entre caballo de carnicero y caballo de posta de correo de los de dos peniques, habría sabido in mediatamente que aquel viajero no podía ser otra que Tom Smart, de la importante empresa de Bilsoi y Slum, Cateaton Street, City. Sin embargo, comí no había ningún viajante mirando, nadie supo nada sobre el asunto; y por ello, Tom Smart y su calesa de color arcilla y ruedas rojas, y la yegua zorruna de paso rápido, avanzaron juntos guardando el secrete entre ellos: y nadie lo sabría nunca.

Incluso en este triste mundo hay lugares muchísimo más agradables que Marlborough Downs cuando sopla fuerte el viento, y si el lector se deja caer por allí una triste tarde invernal, por una carretera resbaladiza y embarrada, cuando llueve a cántaros, y a modo de experimento prueba el efecto en su propia persona, sabrá hasta qué punto es cierta esta observación.

El viento soplaba, pero no carretera arriba o carretera abajo, lo que ya habría sido suficientemente malo, sino barriéndola de través, enviando la lluvia inclinada, como las líneas que solían trazarse en los cuadernos de escritura en la escuela para que los muchachos marcaran bien la inclinación. Por un momento desaparecía y el viajero empezaba a engañarse creyendo que, agotada por su furia anterior, ella misma se había apaciguado, cuando de pronto la oía silbar y gruñir en la distancia y precipitarse desde la cumbre de las colinas, barriendo la llanura, reuniendo fuerza y estruendo al acercarse, hasta que caía en una fuerte ráfaga contra el caballo y el hombre, metiendo

la lluvia afilada en las orejas, y calando su fría humedad hasta los mismos huesos; y después batía detrás de ellos, muy lejos, con un asombroso rugido, como si se mofara de la debilidad de ellos y se sintiera triunfante por la conciencia de su propia fuerza y poder.

La yegua baya chapoteaba en el barro y el agua con las orejas caídas; de vez en cuando sacudía con fuerza la cabeza como para expresar su disgusto ante esa poco caballerosa conducta de los elementos, pero manteniendo un buen paso, a pesar de todo hasta que una ráfaga de viento, más furiosa que cualquier otra que les hubiera atacado anteriormente, la obligaba a detenerse de pronto y plantar las cuatro patas con firmeza en el suelo para que no la derribara. Y fue algo especialmente misericordioso que así lo hiciera, pues de haber sido derribada, la yegua zorruna era tan ligera, y el calesín era tan ligero, y Tom Smart tenía un peso tan ligero, que infaliblemente habrían ido todos juntos rodando hasta llegar a los confines de la tierra o hasta que cesara el viento; y en cualquiera de los casos lo más probable sería que ni la yegua zorruna, ni e calesín color de arcilla y ruedas rojas ni Tom Smar hubieran vuelto a encontrarse aptos para el servicio.

—Condenadas sean mis correas y bigotes —exclamó Tom Smart (a veces Tom tenía un desagradable hábito de lanzar juramentos)—. ¡Condenadas sean mis correas y bigotes, si esto no es agradable, que me soplen!

Probablemente el lector me preguntará que por qué razón, puesto que a Tom Smart ya le habían soplado bastante, expresó ese deseo de someterse de nuevo al mismo proceso. No puedo responder; lo único que sé es que Tom Smart lo dijo así, o por lo menos siempre le dijo a mi tío que así lo había dicho, y es la misma cosa.

—Que me soplen —dijo Tom Smart, y la yegua re linchó como si fuera exactamente de la misma opinión—. Alégrate, vieja —añadió Tom tocando a la yegua en el cuello con el extremo del látigo—. En una noche como ésta es inútil seguir tirando adelante, así que en la primera casa a la que lleguemos nos presentaremos, por lo que cuanto más rápido vayas, antes terminará todo. Vamos, vieja, con suavidad, con suavidad.

Es evidente que no puedo saber si la yegua zorruna conocía lo suficiente los tonos de la voz de Tom como para entender su significado, o si bien le resultaba más frío quedarse quieta que seguir en movimiento. Lo que sí puedo decir es que no había terminado de hablar Tom cuando la yegua levantó las orejas y se lanzó hacia delante a una velocidad que hizo traquetear el calesín de color arcilla hasta tal punto que uno supondría que cada uno de los radios rojos iba a salir volando sobre la hierba de Marlborough Downs; y Tom, a pesar de llevar el látigo, no pudo detenerla ni controlar su paso hasta que por sí misma se detuvo ante una posada situada a mano derecha del camino, aproximadamente a un cuarto de milla del final de los Downs.

Tom lanzó una mirada presurosa a la parte superior de la casa mientras llevaba las riendas a la pistolera y metía el látigo en la caja. Era un lugar antiguo y extraño, construido con una especie de tablas de ripia encajadas, por así decirlo, con vigas cruzadas, con ventanas terminadas en faldones que se proyectaban totalmente sobre el camino, y una puerta inferior con un porche oscuro y un par de empinados escalones que conducían a la casa, en lugar de la moda moderna de utilizar media docena de escalones más bajos. Sin embargo, era un lugar agradable a la vista, pues por la ventana enrejada salía una luz: potente y alegre que lanzaba rayos brillantes sobre e camino, llegando incluso a iluminar los setos de enfrente; y había una luz rojiza y parpadeante en la otra ventana, que en algunos momentos era débil mente discernible, y después brillaba con fuerza a través de las cortinas cerradas, lo que daba a entender que había un buen fuego en el interior. Valorando esas pequeñas evidencias con el ojo de un viajero experto, Tom desmontó con la agilidad que le permitieron sus piernas casi congeladas y entró en la casa.

En menos de cinco minutos, Tom se hallaba acomodado en la habitación opuesta al bar, la habitación en la que había imaginado el fuego ardiente ante un fuego que rugía compuesto por un cubo de carbón y suficiente madera como para provenir de media docena de buenos matorrales de uva espinados apilados hacia arriba en la chimenea, que rugían, crujían con un sonido que, por sí solo, habría calentado el corazón de cualquier hombre razonable Aquello resultaba cómodo, pero no era todo, pues una joven agradablemente vestida, de mirada brillante y tobillos finos, estaba poniendo sobre la mesa un mantel blanco y muy limpio; y mientras Tom estaba sentado con los pies, calzados con zapatillas, sobre el guardafuegos de la chimenea, dando la espalda a la puerta abierta, vio una atractiva perspectiva del bar reflejada en el espejo colocado soba la repisa de la chimenea, con deliciosas filas de botellas verdes con etiquetas doradas, junto a frascos de adobos y conservas, quesos y jamones cocidos, y redondos de vaca, dispuesto todo sobre anaqueles de la manera más tentadora y deliciosa. Bueno, también esto era confortable; pero no era todo: pues en el bar, sentada frente a un té en la mesita más agradable, cerca del pequeño fuego más brillante, había una rolliza viuda de unos cuarenta y ocho años, de rostro tan confortable como el bar, que era evidentemente la propietaria de la casa y la señora suprema de todas aquellas agradables posesiones. Tan sólo había un inconveniente en la belleza general del cuadro, y era un hombre alto, un hombre verdaderamente alto, de abrigo marrón con botones brillantes de cestería, bigotes negros y cabello negro y ondulado, sentado con la viuda en la mesa del té, y del que no se necesitaba gran penetración para saber que estaba en el camino adecuado de persuadirla para que dejara de ser viuda, confiriéndole a él el privilegio de sentarse en ese bar durante lo que le quedara de vida.

Ni mucho menos tenía Tom una disposición irritable o envidiosa, pero por una u otra razón el hombre alto del abrigo marrón con los brillantes botones de cestería despertó esa pequeña inquina que tenía en su composición, y le hizo sentirse extremadamente indigno: todavía más porque de vez en cuando podía observar, desde su asiento colocado frente al espejo, ciertas pequeñas familiaridades afectivas entre el hombre alto y la viuda, que indicaban en grado suficiente que el hombre alto recibía un trato de favor tan elevado como su propio tamaño. A Tom le encantaba el ponche caliente —me aventuraría a decir que le encantaba demasiado el ponche caliente—, y después de haber comprobado que la yegua zorruna estaba bien alimentada y dormía sobre suficiente paja, y de haberse comido hasta el último bocado de la agradable cena caliente que la viuda preparó para él con sus propias manos, se limitó a pedir un vasito a modo de experimento Ahora bien, si en toda la gama del arte doméstico había un artículo que la viuda supiera elaborar mejor que cualquier otro, era ése precisamente, y el primer vaso se adaptó tan agradablemente al gusto de Tom Smart que pidió un segundo con el menor retrasó posible. El ponche caliente, caballeros, es algo agradable —algo extremadamente agradable bajo cualquier circunstancia—, pero en aquel cómodo antiguo salón, ante un fuego rugiente, mientras viento soplaba en el exterior haciendo crujir todos los maderos de la vieja casa, a Tom Smart le resulta absolutamente delicioso. Pidió otro vaso, y luego otro más —no estoy muy seguro de que no pidió otro después de aquél—, pero cuanto más ponche caliente bebía, más pensaba en el hombre alto.

—¡Que su insolencia le confunda! —exclamó Tom para sí mismo—. ¿Qué asuntos tiene que resolver e este cómodo bar? ¡Un villano tan feo! Si la viuda tuviera algún gusto, elegiría seguramente a un tipo mejor que ése.

Tras decir aquellas cosas, la mirada de Tom pasó del espejo colocado sobre la repisa de la chimenea que había sobre la mesa; y conforme se fue sintiendo cada vez más sentimental, vació el cuarto vaso de ponche y pidió un quinto.

Tom Smart, caballeros, se había sentido siempre muy atraído por el negocio tabernero. Desde hacía, tiempo su ambición había sido atender un bar de su propiedad vestido con un abrigo verde, calzones de pana y fustán de pelo. Tenía grandes ideas acerca de cómo sentarse en cenas joviales, y había pensado a menudo lo bien que podría presidir con su conversación un salón propio, y qué ejemplo supremo sería para sus clientes en el departamento de bebidas. Todas estas cosas pasaron rápidamente por la mente de Tom mientras estaba sentado bebiendo ponche caliente junto al crujiente fuego, y se sintió justa y apropiadamente indignado por el hecho de que el hombre alto estuviera en el camino de conseguir tan excelente casa mientras que él, Tom Smart, estaba tan lejos de ella como siempre. Por ello, tras deliberar mientras tomaba los dos últimos vasos, acerca de si tenía perfecto derecho a iniciar una disputa con el hombre alto por haber conseguido éste la gracia de la rolliza

viuda, Tom Smart llegó finalmente a la satisfactoria conclusión de que era un individuo perseguido, cuyas dotes no habían sabido utilizarse, y haría bien en irse a la cama.

La joven elegante guió a Tom por unas escaleras amplias y antiguas, utilizando una mano como pantalla de la vela para protegerla de las corrientes de aire que en un lugar tan antiguo y con tanto espacio para corretear habrían podido encontrar mucho sitio para divertirse sin apagar la vela, pero que, sin embargo, la apagarían; ello permitiría a los enemigos de Tom la oportunidad de afirmar que había sido él y no el viento, el que apagó la vela, y que mientras simulaba soplar para encenderla de nuevo en realidad estaba besando a la joven. Pero en cualquier caso obtuvieron otra luz y Tom fue conducido a través de un laberinto de habitaciones y pasillos hasta una estancia que había sido preparada para su recepción, en la que la joven se despidió de él deseándole buenas noches y le dejó a solas.

Era una habitación buena y grande con amplio armarios y una cama que habría servido para un internado completo, por no hablar de un par de roperos de roble en los que habrían cabido los equipajes de un pequeño ejército; pero lo que más llamó la atención a Tom fue una extraña silla de respaldo alto y aspecto horrendo tallada de la manera mi fantástica, con un cojín de damasco floreado y una abultamientos redondos en la parte inferior de lo patas cuidadosamente envueltos en paño rojo como si tuviera gota en los dedos. De cualquier otra extraña silla Tom sólo habría pensado que era una silla extraña, y ahí habría terminado el asunto; pero en esa silla particular había algo, aunque no podía decir qué era, tan extraño y tan diferente a cualquier otro mueble que hubiera visto nunca que pareció fascinarle. Se sentó delante del fuego y se quedó mirando fijamente la vieja silla durante media hora como si el demonio se hubiera apropiado de ella; el tan extraña que no podía apartar los ojos de aquel objeto.

—Vaya —dijo lentamente mientras se desvestía sin dejar de mirar un solo momento la vieja silla, erguida con aspecto misterioso junto a la cama—. Jamás en mi vida vi cosa tan peculiar. Muy extraño —añadió Tom, que con el ponche caliente se había vuelto bastante sagaz—. Muy extraño.

Sacudió la cabeza con actitud de profunda sabiduría y volvió a contemplar la silla. Sin embargo, no pudo sacar nada en claro, por lo que se metió en la cama, se tapó hasta estar bien caliente y se quedó dormido.

Media hora después, Tom despertó sobresaltado de un confuso sueño en el que participaban hombres altos y vasos de ponche: y el primer objeto que se presentó ante su imaginación despierta fue la extraña silla.

—No voy a mirarla más —se dijo apretando los párpados uno contra otro y tratando de persuadirse de que iba a dormir de nuevo. Inútil; por sus ojos sólo bailaban sillas extrañas que coceaban con sus patas, saltaban las unas sobre los respaldos de las otras y realizaban las cabriolas más extrañas.

—Será mejor ver una silla auténtica que dos o tres series completas de sillas falsas —dijo sacando la cabeza desde abajo de las ropas de cama. Y ahí estaba, claramente discernible a la luz del fuego, tan provocativa como siempre.

Miró la silla y de pronto, mientras la contemplaba, pareció producirse en ella un cambio de lo más extraordinario. La talla del respaldo asumió gradualmente el alineamiento y la expresión de un rostro humano viejo y arrugado; el cojín de damasco se convirtió en una antiguo chaleco de solapas; los bultos redondos se convirtieron en dos pares de pies embutidos en zapatillas de paño rojo; y la vieja silla se asemejó a un anciano muy feo, del siglo anterior, con los brazos en jarras. Tom se sentó en la cama y se frotó los ojos para deshacer la ilusión. Pero no. La silla era un anciano feo; y lo que es más, le estaba guiñando un ojo a Tom Smart.

Tom era por naturaleza una especie de perro temerario y descuidado, y se había tomado cinco vasos de ponche caliente; es por eso que, aunque a principio se mostrara algo sorprendido, empezó a indignarse en cuanto vio que el anciano caballero le guiñaba un ojo y le sonreía descaradamente con un aire tan insolente. Finalmente decidió que no iba, soportarlo; y como el rostro envejecido seguía haciéndole guiños con mayor rapidez que nunca, con tono verdaderamente colérico, le dijo:

—¿Por qué diablos me está guiñando el ojo?

—Porque me gusta, Tom Smart —contestó la silla o el anciano caballero, como prefiera llamarle el lector. Sin embargo dejó de hacer guiños cuando Ton habló, y empezó a sonreír como un mono viejísimo.

—¿Y cómo sabe mi nombre, viejo cascanueces? —preguntó Tom con bastantes titubeos, aunque creía estar haciéndolo bastante bien.

—Vamos, vamos, Tom —dijo el anciano caballero—, ésa no es manera de dirigirse a una sólida madera de caoba española. Que me condenen si no me trataría con menos respeto si fuera de contrachapado.

Cuando el anciano caballero dijo esto, miró con tal violencia a Tom que éste empezó a asustarse.

—No pretendía tratarle con ninguna falta de respeto, señor —dijo Tom en un tono mucho más humilde que el que había empleado al principio.

—Bueno, bueno —contestó el anciano—. Quizá no… quizá no, Tom…

—Señor…

—Lo sé todo sobre ti, Tom; todo. Eres muy pobre, Tom.

—Ciertamente que lo soy —replicó Tom Smart—. Pero ¿cómo ha llegado a saber eso?

—No tiene importancia —dijo el anciano—. Y te gusta mucho el ponche, Tom.

Tom Smart estuvo a punto de protestar afirmando que no había probado una gota desde su último cumpleaños, pero cuando su mirada se encontró con la del anciano caballero, éste parecía tener tal conocimiento que Tom enrojeció y guardó silencio.

—Tom, la viuda es una hermosa mujer… verdaderamente hermosa… ¿eh, Tom?

En ese momento el anciano levantó la mirada hacia arriba, alzó una de sus pequeñas y desgastadas patas y pareció tan desagradablemente amoroso que Tom sintió un absoluto desagrado por la vanidad de su conducta… ¡a sus años!

—Soy su guardián, Tom —dijo el anciano.

—¿Eso es lo que es? —preguntó Tom Smart.

—Conocía a su madre, Tom —dijo el viejo—. Y a su abuela. Ella me tenía mucho cariño… fue la que me hizo este chaleco, Tom.

—¿Eso hizo? —preguntó Tom Smart.

—Y estos zapatos —añadió el anciano levantando una de las zapatillas de paño rojo—. Pero no lo cuentes por ahí, Tom. No me gustaría que se supiera que ella estaba tan unida a mí. Podría producir ciertas situaciones desagradables en la familia.

Cuando el viejo truhán dijo aquello tenía un aspecto tan extremadamente impertinente que, tal como declaró después Tom Smart, no habría sentido el menor remordimiento de sentarse encima de él.

—He sido un gran favorito entre las mujeres de mi época, Tom —afirmó el disoluto y viejo crápula—. Cientos de hermosas mujeres se han sentado en mi regazo durante horas. ¿Qué piensas de eso, eh, perro?

El anciano caballero iba a proceder a contar algunas otras hazañas de su juventud cuando le sobrevino un ataque de crujidos tan violento que fue incapaz de proseguir.

«Ahí tienes lo que te mereces, viejo», pensó Tom Smart; pero no llegó a decir nada.

—¡Ay! —exclamó el anciano—. Esto me inquieta, mucho ahora. Estoy envejeciendo, Tom, y he perdido casi todos mis barrotes. También me han hecho ya una operación, una pequeña pieza del respaldo, fue una prueba muy dura, Tom.

—Me atrevo a decir que así fue, señor —añadió Tom Smart.

—Sin embargo, eso no viene al caso —replicó e anciano caballero—. ¡Tom, quiero que te cases con la viuda!

—¿Yo, señor? —preguntó Tom.

—Sí, tú —contestó el anciano.

—Bendito sea su reverendo relleno —exclamó Tom, aunque apenas si le quedaban unos cuantos pelos de caballo—. Bendito sea su reverendo relleno, pero ella no me querría —exclamó Tom suspirando involuntariamente al pensar en el bar.

—¿Que no? —preguntó con firmeza el anciano.

—No, no —respondió Tom—. Hay otro en el campo. Un hombre alto… un hombre terriblemente alto… de bigote negro.

—Tom —le informó el anciano—. Ella nunca le tendrá.

—¿Que no? —preguntó Tom—. Si estuviera usted en el bar, anciano caballero, hablaría de otra manera.

—Bah, bah. Lo sé todo sobre esa historia.

—¿Sobre qué? —preguntó Tom.

—Sobre besos detrás de la puerta, y todas esas cosas, Tom —añadió el anciano.

En ese momento lanzó otra mirada insolente que encolerizó mucho a Tom, pues como todos ustedes, caballeros, saben bien, escuchar a un viejo, que por serlo debería conocer mejor el mundo, hablar sobre esas cosas resulta muy desagradable… nada más que por eso.

—Lo sé todo al respecto, Tom. Lo he visto hacer muy a menudo en mi época, Tom, entre más personas de las que me gustaría mencionarte; pero al final nunca se llega a nada.

—Ha debido ver usted algunas cosas extrañas —preguntó Tom con mirada inquisitiva.

—Puedes afirmarlo, Tom —replicó el viejo con un complicado guiño—. Soy el último de mi familia Tom —añadió el anciano lanzando un melancólico suspiro.

—¿Y fue muy grande? —preguntó Tom Smart.

—Éramos doce, Tom; tipos hermosos de respaldo, tan bello y recto como le gustaría ver a cualquiera. Nada de esos abortos modernos… todos con brazo y con un grado tal de pulido que habría alegrado el corazón contemplarnos.

—¿Y qué ha sido de los demás, señor?

El anciano caballero se llevó un codo al ojo al tiempo que contestaba:

—Murieron, Tom, murieron. Teníamos un duro trabajo, Tom, y no todos poseían mi constitución Tenían reuma en piernas y brazos, y acabaron en cocinas y hospitales; y uno de ellos, tras un prolongado servicio y una dura utilización, perdió el sentido se volvió tan loco que tuvieron que quemarlo. Qué cosa tan sorprendente ésa, Tom.

—¡Terrible! —exclamó Tom Smart.

El anciano guardó silencio unos minutos, evidentemente mientras combatía sus emotivos sentimientos, y después añadió:

—Sin embargo, Tom, me estoy apartando del tema. Ese hombre alto, Tom, es un aventurero ruin En el momento en que se casara con la viuda vendería todos los muebles y escaparía. ¿Y cuáles serían las consecuencias? Ella quedaría abandonada y reducida a la ruina, y yo moriría de frío en alguna tienda de muebles viejos.

—Sí, pero…

—No me interrumpas. De ti, Tom Smart, tengo una opinión muy diferente; pues bien sé que si alguna vez te asentaras en una posada, nunca la abandonarías mientras hubiera algo que beber dentro de sus paredes.

—Me siento muy agradecido por su buena opinión, señor —le informó Tom Smart.

—Por tanto —siguió diciendo el anciano con tono autoritario—: tú serás el que la tenga, y él no.

—¿Cómo puede impedirse? —preguntó ansiosamente Tom Smart.

—Con esta revelación: él ya está casado.

—¿Cómo puedo demostrarlo? —preguntó Tom saliendo a medias de la cama.

El anciano caballero separó un brazo de su costado y tras señalar a uno de los vestidores de roble volvió a colocarlo inmediatamente en su antigua posición.

—Poco piensa él que en el bolsillo derecho de unos pantalones de ese vestidor ha dejado una carta en la que se le pide que regrese junto a su desconsolada esposa, con seis niños, toma buena nota, Tom, seis niños, y todos ellos pequeños.

Cuando el anciano caballero pronunció con solemnidad aquellas palabras sus rasgos se fueron haciendo menos y menos claros y su figura se volvió más sombría. Sobre los ojos de Tom Smart cayó una película. El anciano pareció fundirse gradualmente con la silla, el chaleco de damasco convertirse en cojín, las zapatillas rojas encogerse en pequeñas bolsas de paño rojo. La luz desapareció suavemente y Tom Smart se dejó caer sobre la almohada y se quedó profundamente dormido.

La mañana despertó a Tom del sueño letárgico en el que había caído al desaparecer el anciano. Se sentó en la cama y durante unos minutos trató vanamente de recordar los hechos de la noche anterior. Repentinamente se acordó de ellos. Miró la silla; era ciertamente un mueble fantástico y feo, pero sólo una imaginación notablemente viva e ingeniosa podría haber descubierto cualquier parecido entre el mueble y el anciano.

—¿Cómo se encuentra, anciano? —preguntó Tom. A la luz del día se sentía más audaz, como le sucede a la mayoría de los hombres.

La silla permaneció inmóvil y no dijo una sola palabra.

—Hace una mañana espantosa —añadió Tom. Pero no. La silla no se sentía dispuesta a conversar.

—¿A qué vestidor señaló? Al menos podría decirme eso —insistió Tom. Pero la silla, caballeros, no decía una sola palabra.

—De cualquier manera, no es muy difícil abrirlos —siguió diciendo Tom al tiempo que salía de la cama. Se dirigió hacia uno de los vestidores. La llave estaba puesta en la cerradura; la giró y abrió la puerta. Allí había unos pantalones. ¡Metió la mano en el bolsillo y sacó una carta idéntica a la que había descrito el anciano caballero!

—Qué cosa tan extraña es ésta —exclamó Tom Smart mirando primero a la silla, y luego al vestidor, después a la carta y finalmente otra vez a la silla—. ¡Muy extraño! —repitió.

Pero como no había allí nada que amortiguase la extrañeza, pensó que también él debía vestirse y arreglar enseguida los asuntos del hombre alto… sólo para sacarle de su desgracia.

Tom fue fijándose al pasar en las distintas habitaciones, mientras bajaba, con el ojo atento de un propietario; considerando que no sería imposible que en breve tiempo las estancias y sus contenidos fueran de su propiedad. El hombre alto estaba de pie en el cómodo bar, con las manos a la espalda, sintiéndose muy en su casa. Dirigió a Tom una sonrisa vacía. Un observador casual podría haber supuesto que lo hizo sólo para mostrarle sus dientes blancos; pero Tom Smart pensó que una conciencia de triunfo ocupaba el lugar en el que había estado la mente del hombre alto. Tom le sonrió directamente y llamó a la patrona.

—Buenos días, señora —dijo Tom Smart cerrando la puerta del saloncito cuando entró la viuda.

—Buenos días, señor —respondió ella—. ¿Qué tomará para el desayuno, señor?

Tom estaba pensando en la forma de introducir el tema, por lo que no respondió.

—Tenemos un jamón muy bueno —dijo la viuda—. Y una estupenda ave fría mechada. ¿Le sirvo eso, señor?

Esas palabras sacaron a Tom de sus reflexiones. La admiración que sentía por la viuda aumentaba conforme ésta hablaba. ¡Qué criatura tan considerada! ¡Qué comodidad para proveerle de todo!

—¿Quién es el caballero que está en el bar, señora? —preguntó Tom.

—Se llama Jinkins, señor —respondió la viuda sonrojándose ligeramente.

—Es un hombre alto —dijo Tom.

—Es un hombre muy bueno, señor —contestó la viuda—. Y un caballero muy agradable.

—¡Ah! —exclamó Tom.

—¿Desea alguna cosa más, señor? —preguntó la viuda, que se sentía bastante perpleja por las maneras de Tom.

—Bueno, sí —contestó Tom—. Mi querida señora, ¿tendría la amabilidad de sentarse un momento?

La viuda pareció muy sorprendida, pero se sentó, y Tom lo hizo también cerca de ella. Caballeros, no sé cómo sucedió… la verdad es que mi tío solía contarme que Tom Smart le dijo que tampoco él sabía cómo había sucedido; pero el caso es que, de una manera o de otra, la palma de la mano de Tom se posó sobre el dorso de la mano de la viuda, y la dejó allí mientras hablaba.

—Mi querida señora —dijo Tom Smart, pues siempre había pensado lo importante que era mostrarse amable—. Mi querida señora, merece usted un marido excelente… cierto que sí.

—¡Vaya, señor! —exclamó la viuda, lo que no resulta ilógico, pues la manera que tuvo Tom de iniciar la conversación era bastante inusual, por no decir sorprendente, teniendo en cuenta el hecho de que hasta la noche anterior no la había visto nunca—. ¡Vaya, señor!

—Desprecio las adulaciones, mi querida señora. Pero merece usted un marido admirable, y sea éste quien sea, será un hombre afortunado.

Al decir aquello, la mirada de Tom pasó del rostro de la viuda a las comodidades que le rodeaban. La viuda parecía más sorprendida que nunca, e hizo un esfuerzo por levantarse. Tom le apretó suavemente la mano, como para detenerla, y ella permaneció en su asiento. Las viudas, caballeros, no suelen ser timoratas, tal como mi tío solía decir.

—Estoy segura de sentirme muy agradecida hacia usted, señor, por su buena opinión —dijo la rolliza patrona riéndose a medias—. Y si alguna vez vuelvo a casarme…

—Si… —repitió Tom Smart mirándola astutamente con el rabillo del ojo derecho—. Si…

—Bueno —añadió la viuda riéndose con franqueza esa vez—. Cuando lo haga, espero conseguir un esposo tan bueno como el que usted describe.

—Como por ejemplo Jinkins —dijo Tom.

—¡Vaya, señor! —exclamó la viuda.

—Ay, no me diga eso —insistió Tom—. Le conozco.

—Estoy convencida de que nadie que le conozca sabrá nada malo de él —dijo la viuda, pasando al ataque ante el aire misterioso con el que había hablado Tom.

—¡Ejem! —exclamó Tom Smart.

La viuda empezó a pensar que era ya un buen momento de llorar, por lo que sacó su pañuelo y preguntó a Tom si es que deseaba insultarla: si es que pensaba que era propio de un caballero hablar mal de otro a sus espaldas; que por qué motivo, no tenía algo que decir, no se lo decía al caballero como un hombre, en lugar de asustar a una pobre, débil mujer de esa manera, y cosas por el estilo.

—Se lo diré a él enseguida —dijo Tom—. Pero quiero que usted lo escuche primero.

—¿De qué se trata? —preguntó la viuda mirando fijamente el rostro de Tom.

—Le va a asombrar —contestó Tom llevándose una mano al bolsillo.

—Si es eso, que él quiere dinero —dijo la viuda— ya lo sé, y no tiene usted que preocuparse.

—Bah, qué tontería, eso no es nada —dijo Ton Smart—. También yo quiero dinero. No es eso.

—Entonces, amigo mío, ¿de qué se trata? —exclamó la pobre viuda.

—No se asuste —le respondió Tom Smart mientras sacaba lentamente la carta y la abría—. ¿Está segura de que no gritará? —le preguntó con vacilación.

—No, no —contestó la viuda—. Déjeme verla.

—¿Y no va a desmayarse, ni hará ninguna otra tontería? —preguntó Tom.

—No, no —contestó la viuda inmediatamente.

—¿Y no saldrá corriendo para golpearle? —volvió, preguntar Tom—. Porque voy a hacer todo esto por usted; será mejor que no se lo tome a mal.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo la viuda—. Déjeme verla.

—Así lo haré —contestó Tom Smart, y diciendo esas palabras colocó la carta en la mano de la viuda Caballeros, oí decir a mi tío que Tom Smart dijo que las lamentaciones de la viuda cuando se enteró de aquello habrían traspasado un corazón de piedra. El de Tom era ciertamente muy tierno, y traspasaron el suyo hasta la misma médula. La viuda se columpiaba hacia delante y hacia atrás retorciéndose las manos.

—¡Ay, qué hombre tan engañoso y vil! —exclamaba la viuda.

—¡Espantoso, mi querida señora! Pero compórtese.

—¡Ay, cómo voy a hacerlo! —gritó la viuda—. ¡Nunca encontraré a ningún otro a quien pueda amar tanto!

—Ay, claro que lo encontrará, mi querida señora —exclamó Tom Smart dejando caer una verdadera lluvia de enormes lágrimas por la piedad que sentía por el infortunio de la viuda. En la energía de su compasión, Tom Smart había rodeado con un brazo la cintura de la viuda; y la viuda, movida por la pasión de la pena, había sujetado la mano de Tom. Ésta miró a Tom al rostro y le sonrió entre sus lágrimas. Tom miró el semblante de ella, y sonrió entre las suyas.

Nunca pude averiguar, caballeros, si Tom besó o no a la viuda en ese momento particular. Solía decirle a mi tío que no lo había hecho, pero tengo mis dudas al respecto. Entre nosotros, caballeros, estoy convencido de que lo hizo.

En todo caso, Tom echó a patadas al hombre alto por la puerta delantera media hora más tarde y se casó con la viuda al cabo de un mes. Y solía recorrer el campo con el calesín de color arcilla y rueda, rojas y la yegua zorruna de paso rápido hasta que muchos años después abandonó el negocio y se fui a Francia con su esposa; y más tarde, la vieja casa se vino abajo.

LA HISTORIA DE LOS DUENDES QUE SECUESTRARON A UN ENTERRADOR

En una antigua ciudad abacial, en el sur de esta parte del país, hace mucho, pero que muchísimo tiempo —tanto que la historia debe ser cierta porque nuestros tatarabuelos creían realmente en ella—, trabajaba como enterrador y sepulturero del campo santo un tal Gabriel Grub. No se deduce en absoluto de ello que porque un hombre sea enterrador y esté rodeado constantemente por los emblemas de la mortalidad, tenga que ser un hombre melancólico y triste; entre los funerarios se encuentran los tipos más alegres del mundo; en una ocasión tuve el honor de trabar amistad íntima con uno muy silencioso que en su vida privada, fuera de ser necio, era el tipo más cómico y jocoso que haya gorjeado nunca canciones procaces, sin el menor tropiezo en su memoria, ni que haya vaciado nunca el contenido de un buen vaso sin detenerse ni a respirar. Pero no obstante estos precedentes que parecen contrariar la historia, Gabriel Grub era un tipo malparado, intratable y arisco, un hombre taciturno y solitario que no se asociaba con nadie sino consigo mismo, aparte de con una antigua botella forrada de mimbre que ajustaba en el amplio bolsillo de chaleco, y que contemplaba cada rostro alegre que pasaba junto a él con tan poderoso gesto de malicia y mal humor que resultaba difícil enfrentarlo sin tener una sensación terrible.

Poco antes del crepúsculo, el día de Nochebuena, Gabriel se echó al hombro el azadón, encendió el farol y se dirigió hacia el cementerio viejo, pues tenía que terminar una tumba para la mañana siguiente, y como se sentía algo bajo de ánimo pensó que quizá levantara su espíritu si se ponía a trabajar enseguida. En el camino, al subir por una antigua calle, vio la alegre luz de los fuegos chispeantes que brillaban tras los viejos ventanales, y escuchó las fuertes risotadas y los alegres gritos de aquellos que se encontraban reunidos; observó los ajetreados preparativos de la alegría del día siguiente y olfateó los numerosos y sabrosos olores consiguientes que ascendían en forma de nubes vaporosas desde las ventanas de las cocinas. Todo aquello producía rencor y amargura en el corazón de Gabriel Grub; y cuando grupos

de niños salían dando saltos de las casas, cruzaban la carretera a la carrera y antes de que pudieran llamar a la puerta de enfrente, eran recibidos por media docena de pillastres de cabello rizado que se ponían a cacarear a su alrededor mientras subían todos en bandada a pasar la tarde dedicados a sus juegos de Navidad, Gabriel sonreía taciturno y aferraba con mayor firmeza el mango de su azadón mientras pensaba en el sarampión, la escarlatina, el afta, la tos ferina y otras muchas fuentes de consuelo.

Gabriel caminaba a zancadas en ese feliz estado mental: devolviendo un gruñido breve y hosco a los saludos bien humorados de aquellos vecinos que pasaban junto a él, hasta que se metía en el oscuro callejón que conducía al cementerio. Gabriel llevaba ya tiempo deseando llegar al callejón oscuro, porque hablando en términos generales era un lugar agradable, taciturno y triste que las gentes de la ciudad no gustaban de frecuentar, salvo a plena luz del día cuando brillaba el sol; por ello se sintió no poco indignado al oír a un joven granuja que cantaba estruendosamente una festiva canción sobre unas navidades alegres en aquel mismo santuario que había recibido el nombre de CALLEJÓN DEL ATAÚD desde la época de la vieja abadía y de los monjes de cabeza afeitada. Mientras Gabriel avanzaba la voz fue haciéndose más cercana y descubrió que procedía de un muchacho pequeño que corría a solas con la intención de unirse a uno de los pequeños grupos de la calle vieja, y que en parte para hacerse compañía a mismo, y en parte como preparativo de la ocasión, vociferaba la canción con la mayor potencia de sus pulmones. Gabriel aguardó a que llegara el muchacho, lo acorraló en una esquina y lo golpeó cinco seis veces en la cabeza con el farol para enseñarle a modular la voz. Y mientras el muchacho escapó corriendo con la mano en la cabeza y cantando una melodía muy distinta, Gabriel Grub sonrió cordialmente para sí mismo y entró en el cementerio, cerrando la puerta tras de sí.

Se quitó el abrigo, dejó en el suelo el farol y metiéndose en la tumba sin terminar trabajó en ella durante una hora con muy buena voluntad. Pero la tierra se había endurecido con la helada y no era asunto fácil desmenuzarla y sacarla fuera con la pala; y aunque había luna, ésta era muy joven e iluminaba muy poco la tumba, que estaba a la sombra de la iglesia. En cualquier otro momento estos obstáculos hubieran hecho que Gabriel Grub se sintiera desanimado y desgraciado, pero estaba tan complacido de haber acallado los cantos del muchachito que apenas se preocupó por los escasos progresos que hacía. Cuando llegada la noche hubo terminado el trabajo, miró la tumba con melancólica satisfacción, murmurando mientras recogía sus herramientas:

Valiente acomodo para cualquiera,
valiente acomodo para cualquiera,
unos pies de tierra fría cuando la vida ha terminado,
una piedra en la cabeza, una piedra en los pies,
una comida rica y jugosa para los gusanos,
la hierba sobre la cabeza, y la tierra húmeda alrededor,

¡valiente acomodo para cualquiera,

aquí en el camposanto!

—¡Ja, ja! —echó a reír Gabriel Grub sentándose en una lápida que era su lugar de descanso favorito; fue a buscar entonces su botella—. ¡Un ataúd en Navidad! ¡Una caja de Navidad! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —repitió una voz que sonó muy cerca detrás de él.

En el momento en el que iba a llevarse la botella a los labios, Gabriel se detuvo algo alarmado y miró a su alrededor. El fondo de la tumba más vieja que estaba a su lado no se encontraba más quieto e inmóvil que el cementerio bajo la luz pálida de la luna. La fría escarcha brillaba sobre las tumbas lanzando destellos como filas de gemas entre las tallas de piedra de la vieja iglesia. La nieve yacía dura y crujiente sobre el suelo, y se extendía sobre los montículos apretados de tierra como una cubierta blanca y lisa que daba la impresión de que los cadáveres yacieran allí ocultos sólo por las sábanas en las que los habían enrollado. Ni el más débil crujido interrumpía la tranquilidad profunda de aquel escenario solemne. Tan frío y quieto estaba todo que el sonido mismo parecía congelado.

—Fue el eco —dijo Gabriel Grub llevándose otra vez la botella a los labios.

—¡No lo fue! —replicó una voz profunda.

Gabriel se sobresaltó y levantándose se quedó firme en aquel mismo lugar, lleno de asombro y terror, pues sus ojos se posaron en una forma que hizo que se le helara la sangre.

Sentada en una lápida vertical, cerca de él, había una figura extraña, no terrenal, que Gabriel comprendió enseguida que no pertenecía a este mundo. Sus piernas fantásticas y largas, que podrían haber llegado al suelo, las tenía levantadas y cruzadas de manera extraña y rara; sus fuertes brazos estaban desnudos y apoyaba las manos en las rodillas. Sobre el cuerpo, corto y redondeado, llevaba un vestido ajustado adornado con pequeñas cuchilladas; colgaba a su espalda un manto corto; el cuello estaba recortado en curiosos picos que le servían al duende de gorguera o pañuelo; y los zapatos estaban curvados hacia arriba con los dedos metidos en largas puntas. En la cabeza llevaba un sombrero de pan de azúcar de ala ancha, adornado con una única pluma. Llevaba el sombrero cubierto de escarcha blanca, y el duende parecía encontrarse cómodamente sentado en esa misma lápida desde hacía doscientos o trescientos años. Estaba absolutamente quieto, con la lengua fuera, a modo de burla; le sonreía a Gabriel Grub con esa sonrisa que sólo un duende puede mostrar.

—No fue el eco —dijo el duende.

Gabriel Grub quedó paralizado y no pudo dar respuesta alguna.

—¿Qué haces aquí en Nochebuena? —le preguntó el duende con un tono grave.

—He venido a cavar una tumba, señor —contestó, tartamudeando, Gabriel Grub.

—¿Y qué hombre se dedica a andar entre tumbas y cementerios en una noche como ésta? —gritó el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —contestó a gritos un salvaje coro de voces que pareció llenar el cementerio. Temeroso, Gabriel miró a su alrededor sin que pudiera ver nada.

—¿Qué llevas en esa botella? —preguntó el duende.

—Ginebra holandesa, señor —contestó el enterrador temblando más que nunca, pues la había comprado a unos contrabandistas y pensó que quizá el que le preguntaba perteneciera al impuesto de consumos de los duendes.

—¿Y quién bebe ginebra holandesa a solas, en un cementerio, en una noche como ésta? —preguntó el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —exclamaron de nuevo las voces salvajes.

El duende miró maliciosamente y de soslayo al aterrado enterrador, y luego, elevando la voz, exclamó:

—¿Y quién, entonces, es nuestro premio justo y legítimo?

Ante esa pregunta, el coro invisible contestó de una manera que sonaba como las voces de muchos cantantes entonando, con el poderoso volumen del órgano de la vieja iglesia, una melodía que parecía llevar hasta los oídos del enterrador un viento desbocado, y desaparecer al seguir avanzando; pero la respuesta seguía siendo la misma:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

El duende mostró una sonrisa más amplia que nunca mientras decía:

—Y bien, Gabriel, ¿qué tienes que decir a eso?

El enterrador se quedó con la boca abierta, falto de aliento.

—¿Qué es lo que piensas de esto, Gabriel? —preguntó el duende pateando con los pies el aire a ambos lados de la lápida y mirándose las puntas vueltas hacia arriba de su calzado con la misma complacencia que si hubiera estado contemplando en Bond Street las botas Wellingtons más a la moda.

—Es… resulta… muy curioso, señor —contestó el enterrador, medio muerto de miedo—. Muy curioso, y bastante bonito, pero creo que tengo que regresar a terminar mi trabajo, señor, si no le importa.

—¡Trabajo! —exclamó el duende—. ¿Qué trabajo?

—La tumba, señor; preparar la tumba —volvió a contestar tartamudeando el enterrador.

—Ah, ¿la tumba, eh? —preguntó el duende—. ¿Y quién cava tumbas en un momento en el que todos los demás hombres están alegres y se complacen en ello?

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —volvieron a contestar las misteriosas voces.

—Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —dijo el duende sacando más que nunca la lengua y dirigiéndola a una de sus mejillas… y era una lengua de lo más sorprendente—. Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —repitió el duende.

—Por favor, señor —replicó el enterrador sobrecogido por el horror—. No creo que sea así, señor; no me conocen, señor; no creo que esos caballeros me hayan visto nunca, señor.

—Oh, claro que te han visto —contestó el duende—. Conocemos al hombre de rostro taciturno, ceñudo y triste que vino esta noche por la calle lanzando malas miradas a los niños y agarrando con fuerza su azadón de enterrador. Conocemos al hombre que golpeó al muchacho con la malicia envidiosa de su corazón porque el muchacho podía estar alegre y él no. Lo conocemos, lo conocemos.

En ese momento el duende lanzó una risotada fuerte y aguda que el eco devolvió multiplicada por veinte, y levantando las piernas en el aire, se quedó de pie sobre su cabeza, o más bien sobre la punta misma del sombrero de pan de azúcar en el borde más estrecho de la lápida, desde donde con extraordinaria agilidad dio un salto mortal cayendo directamente a los pies del enterrador, plantándose allí en la actitud en que suelen sentarse los sastres sobre su tabla.

—Me… me… temo que debo abandonarlo, señor —dijo el enterrador haciendo un esfuerzo por ponerse en movimiento.

—¡Abandonarnos! —exclamó el duende—. Gabriel Grub va a abandonarnos. ¡Ja, ja, ja!

Mientras el duende se echaba a reír, el sepulturero observó por un instante una iluminación brillante tras las ventanas de la iglesia, como si el edificio dentro hubiera sido iluminado; la iluminación desapareció, el órgano atronó con una tonada animosa y grupos enteros de duendes, la contrapartida misma del primero, aparecieron en el cementerio y comenzaron a jugar al salto de la rana con las tumbas, sin detenerse un instante a tomar aliento y «saltando» las más altas de ellas, una tras otra, con una absoluta y maravillosa destreza. El primer duende era un saltarín de lo más notable. Ninguno de los demás se le aproximaba siquiera; incluso en su estado de terror extremo el sepulturero no pudo dejar de observar que mientras sus amigos se contentaban con saltar las lápidas de tamaño común, el primero abordaba las capillas familiares con las barandillas de hierro y todo, con la misma facilidad que si se tratara de postes callejeros.

Finalmente el juego llegó al punto más culminante e interesante; el órgano comenzó a sonar más y más veloz y los duendes a saltar más y más rápido: enrollándose, rodando de la cabeza a los talones sobre el suelo y rebotando sobre las tumbas como pelotas de fútbol. El cerebro del enterrador giraba en un torbellino con la rapidez del movimiento que estaba contemplando y las piernas se le tambaleaban

mientras los espíritus volaban delante de sus ojos, hasta que el duende rey, lanzándose repentinamente hacia él, le puso una mano en el cuello y se hundió con él en la tierra.

Cuando Gabriel Grub tuvo tiempo de recuperar el aliento, que había perdido por causa de la rapidez de su descenso, se encontró en lo que parecía ser una amplia caverna rodeado por todas partes por multitud de duendes feos y ceñudos. En el centro de la caverna, sobre una sede elevada, se encontraba su amigo del cementerio; y junto a él estaba el propio Gabriel Grub sin capacidad de movimiento.

—Hace frío esta noche —dijo el rey de los duendes—. Mucho frío. ¡Traigan un vaso de algo caliente!

Al escuchar esa orden, media docena de solícitos duendes de sonrisa perpetua en el rostro, que Gabriel Grub imaginó serían cortesanos, desaparecieron presurosamente para regresar de inmediato con una copa de fuego líquido que presentaron al rey.

—¡Ah! —gritó el duende, cuyas mejillas y garganta se habían vuelto transparentes, mientras se tragaba la llama—. ¡Verdaderamente esto calienta a cualquiera! Tráiganle una copa de lo mismo al señor Grub.

En vano protestó el infortunado enterrador diciendo que no estaba acostumbrado a tomar nada caliente por la noche; uno de los duendes lo sujetó mientras el otro derramaba por su garganta el líquido ardiente; la asamblea entera chilló de risa cuando él se puso a toser y a ahogarse y se limpió las lágrimas, que brotaron en abundancia de sus ojos, tras tragar la ardiente bebida.

—Y ahora —dijo el rey al tiempo que golpeaba con la esquina ahusada del sombrero de pan de azúcar el ojo del enterrador, ocasionándole con ello el dolor más exquisito—… y ahora mostrémosle al hombre de la tristeza y la desgracia unas cuantas imágenes de nuestro gran almacén.

Al decir aquello el duende, una nube espesa que oscurecía el extremo más remoto de la caverna desapareció gradualmente revelando, aparentemente a gran distancia, un aposento pequeño y escasamente amueblado, pero pulcro y limpio. Había una multitud de niños pequeños reunidos alrededor de un fuego brillante, agarrados a la bata de su madre y dando brincos alrededor de su silla. De vez en cuando la madre se levantaba y apartaba la cortina de la ventana, como deseando ver algún objeto que esperaba; sobre la mesa estaba dispuesta una comida frugal; cerca del fuego había un sillón. Se oyó que llamaban a la puerta: la madre la abrió y los niños se amontonaron a su alrededor, aplaudiendo de alegría, cuando entró el padre. Estaba mojado y fatigado. Se sacudió la nieve de las ropas mientras los niños se amontonaban a su alrededor agarrando su manto, sombrero, bastón y guantes con verdadero celo y saliendo a toda prisa con ellos de la habitación. Después, mientras se sentaba delante del fuego y de su comida, los niños se le subieron en las rodillas y la madre se sentó a su lado y todos parecían felices y contentos.

Pero se produjo, casi imperceptiblemente, un cambio de la visión. El escenario se alteró transformándose en un dormitorio pequeño en donde yacía moribundo el niño más joven y hermoso: el color sonrosado había huido de sus mejillas y la luz había desaparecido de sus ojos; y mientras el sepulturero lo miró con un interés que nunca antes había conocido o sentido, el niño murió. Sus jóvenes hermanos y hermanas se apiñaron alrededor de su camita y le cogieron la diminuta mano, tan fría y pesada; pero retrocedieron ante el contacto y miraron con temor su rostro infantil; pues aunque estuviera en calma y tranquilo, y el hermoso niño pareciera estar durmiendo, descansado y en paz, vieron que estaba muerto y supieron que era un ángel que los miraba desde arriba, bendiciéndolos desde un cielo brillante y feliz.

De nuevo la nube luminosa traspasó el cuadro y de nuevo cambió el tema. Ahora el padre y la madre eran ancianos e indefensos, y el número de los que les rodeaban había disminuido a más de la mitad; pero el contento y la alegría se hallaban asentados en cada rostro, brillaban en cada mirada, mientras rodeaban el fuego y contaban y escuchaban viejas historias de días anteriores ya pasados. Lenta y pacíficamente entró el padre en la tumba, y poco después quien había compartido todas sus preocupaciones y problemas le siguió a un lugar de descanso. Los pocos que todavía les sobrevivían se arrodillaron junto a su tumba y regaron con sus lágrimas la hierba verde que la cubría; después se levantaron y se dieron la vuelta: tristes y lamentándose, pero sin gritos amargos ni lamentaciones desesperadas, pues sabían que un día volverían a encontrarlos; y de nuevo se mezclaron con el mundo ajetreado y recuperaron su alegría y su contento. La nube cayó sobre el cuadro y lo ocultó de la vista del sepulturero.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó el duende volviendo su rostro grande hacia Gabriel Grub.

Gabriel murmuró algo en el sentido de que era muy hermoso y pareció algo avergonzado cuando el duende volvió hacia él sus ojos ardientes.

—¡Tú, miserable! —exclamó el duende con un tono de gran desprecio—. ¡Tú!

Parecía dispuesto a añadir algo más, pero la indignación sofocó sus palabras, levantó una de las piernas que tenía dobladas y, tras sostenerla un momento por encima de la cabeza del sepulturero, para asegurar su puntería, le administró a Gabriel Grub una buena y sonora patada; inmediatamente después de eso, todos los duendes que habían estado aguardando rodearon al infeliz enterrador y lo patearon sin piedad: de acuerdo con la costumbre establecida e invariable entre los cortesanos de la tierra, quienes patean a aquél al que ha pateado la realeza y abrazan a quien la realeza abraza.

—¡Enséñenle algo más! —dijo el rey de los duendes. Ante esas palabras desapareció la nube revelándose ante su vista un paisaje rico y hermoso; hasta el día de hoy hay otro semejante a menos de un kilómetro de la antigua ciudad abacial. El

sol brillaba desde el cielo claro y azul, el agua centelleaba bajo sus rayos, los árboles parecían más verdes y las flores más alegres bajo su animosa influencia. El agua corría con un sonido agradable; los árboles rugían bajo el viento ligero que murmuraba entre sus hojas; los pájaros cantaban sobre las ramas; y la alondra gorjeaba desde lo alto su bienvenida a la mañana. Sí, era por la mañana: la mañana brillante y fragante de verano; la más diminuta hoja, la brizna de hierba más pequeña, estaban animadas de vida. La hormiga se arrastraba dedicada a sus tareas diarias, la mariposa aleteaba y se solazaba bajo los pálidos rayos del sol; miríadas de insectos extendían las alas transparentes y gozaban de su existencia breve pero feliz. El hombre caminaba entusiasmado con la escena; y todo era brillo y esplendor.

—¡Tú, miserable! —exclamó el rey de los duendes con un tono más despreciativo todavía que el anterior. Y de nuevo el rey de los duendes levantó una pierna y de nuevo la dejó caer sobre los hombros del enterrador; y otra vez los duendes que asistían a la reunión imitaron el ejemplo de su jefe.

Muchas veces la nube se fue y regresó, y enseñó muchas lecciones a Gabriel Grub, quien tenía los hombros doloridos por las frecuentes aplicaciones de los pies de los duendes; pero, aún así, miraba con interés que nada podía disminuir. Vio a hombres que trabajaban con duro esfuerzo y se ganaban su escaso pan con una vida de trabajo, pero eran alegres y felices; y a los más ignorantes, para quienes el rostro dulce de la naturaleza era una fuente incesante de alegría y gozo. Vio a aquellos que habían sido delicadamente alimentados y tiernamente criados, alegres ante las privaciones y superiores ante el sufrimiento, quienes habían superado muchas situaciones duras porque llevaban dentro del pecho los materiales de la felicidad, el contento y la paz. Vio que las mujeres, lo más tierno y frágil de todas la criaturas de Dios, eran a menudo capaces de superar la pena, la adversidad y la tristeza; y vio que era así porque en su corazón llevaban una inagotable fuente de afecto y devoción. Pero sobre todo vio que hombres como él mismo, que refunfuñaban por el gozo y la alegría de los demás, eran las peores hierbas en la hermosa superficie de la tierra; y poniendo todo el bien del mundo contra el mal, llegó a la conclusión de que al fin y al cabo era un mundo muy decente y respetable. Nada más acababa de formarse cuando la nube que ocultó el último cuadro pareció ponerse sobre sus sentidos y llevarle al reposo. Uno a uno los duendes fueron desapareciendo de su vista; y cuando el último de ellos se hubo ido, se quedó dormido.

Había despuntado el día cuando despertó Gabriel Grub y se encontró tumbado cuán largo era sobre la lápida plana del cementerio, con el cubrebotellas de mimbre vacío a su lado y la capa, el azadón, y el farol, blanqueados por la helada de la noche anterior, tirados por el suelo. La piedra sobre la que había visto por primera vez al duende se erguía audaz ante él, y la tumba en la que había trabajado la noche anterior no estaba lejana. Al principio empezó a dudar de la realidad de sus aventuras, pero el

dolor agudo que sintió en los hombros cuando intentó levantarse le aseguró que las patadas de los duendes no habían sido ciertamente meras ideas. Vaciló de nuevo al no encontrar rastros de huellas en la nieve sobre la que los duendes habían jugado al salto de la rana con las piedras de las tumbas, pero rápidamente se explicó esa circunstancia al recordar que, siendo espíritus, no dejarían tras ellos impresiones visibles. Por tanto, Gabriel Grub se puso en pie tan bien como pudo teniendo en cuenta el dolor de su espalda; y cepillándose la escarcha del abrigo, se lo puso y volvió el rostro hacia la ciudad.

Pero era ya un hombre cambiado y no podía soportar el pensamiento de regresar a un lugar en el que se burlarían de su arrepentimiento y no creerían en su reforma. Vaciló unos momentos y luego se alejó errando hacia donde pudiera, buscándose el pan en otra parte.

Aquel día encontraron en el cementerio el farol, el azadón y el cubrebotellas de cestería. Al principio hubo muchas especulaciones acerca del destino del enterrador, pero rápidamente se decidió que se lo habrían llevado los duendes; y no faltaron algunos testigos muy creíbles que lo habían visto claramente a través del aire a lomos de un caballo castaño tuerto, con los cuartos traseros de un león y la cola de un oso. Finalmente acabaron por creer devotamente en todo aquello; y el nuevo enterrador solía enseñar a los curiosos, a cambio de un ligero emolumento, un trozo de buen tamaño perteneciente a la veleta de la iglesia que accidentalmente había sido coceada por el caballo antes mencionado en su vuelo aéreo, y que él mismo recogió en el cementerio uno o dos años después.

Desafortunadamente esas historias se vieron algo enmarañadas por la reaparición no esperada del propio Gabriel Grub unos diez años más tarde, como un anciano reumático y andrajoso, pero contento. Le contó su historia al clérigo, y también al alcalde; y con el curso del tiempo aquello se convirtió en parte de la historia, y en esa forma se ha seguido contando hasta hoy. Los que creyeron en el relato del trozo de veleta, habiendo colocado mal su confianza en otro tiempo, dejaron de predominar y se apartaron de esa historia. Trataban de parecer lo más sabios que pudieran, encogiéndose de hombros, tocándose la frente y murmurando algo parecido a que Gabriel Grub se había bebido toda la ginebra de Holanda y se quedó dormido sobre un lápida plana; y luego trataban de explicar lo que se suponía que él había presenciado en la caverna de los duendes diciendo que había visto el mundo y se había hecho más sabio. Pero esta opinión que en absoluto fue popular en ningún momento, acabó gradualmente por desaparecer; y sea como sea, puesto que Gabriel Grub se vio afectado por el reumatismo al final de sus días, la historia tiene al menos una moraleja, aunque no pueda enseñar otra mejor, y es que si un hombre se vuelve taciturno y bebe solo en la época de Navidad, no por ello va a decidir ser mejor: los

espíritus puede que no vuelvan a ser tan buenos, ni estar dispuestos a presentar tantas pruebas, como aquéllos a los que vio Gabriel Grub en la caverna de los duendes.

LA HISTORIA DEL TÍO DEL VIAJANTE

—Mi tío, caballeros, —dijo el viajante—, era uno de los tipos más alegres, agradables y listos que haya existido nunca. Me gustaría que lo hubieran conocido, caballeros. Aunque pensándolo bien, no desearía que lo hubieran conocido, pues en ese caso todos estarían ya, siguiendo el curso ordinario de la naturaleza, si no muertos, en todo caso tan cerca de la desaparición como para haberse quedado en casa abandonando la compañía, lo que me habría privado del inestimable placer de dirigirme a ustedes en este momento. Caballeros, desearía que sus padres y madres hubieran conocido a mi tío. Se habrían encariñado notablemente con él, especialmente su: respetables madres; sé que habría sido así. Si entre las numerosas virtudes que adornaban su carácter tuviéramos que dar predominio a dos de ellas, diría, que eran su ponche mixto y sus canciones de sobremesa. Excúsenme si me extiendo en estos recuerdo: melancólicos sobre el fallecido, no se ve a un hombre como mi tío todos los días de la semana. Siempre he considerado como algo importante del carácter de mi tío, caballeros, el hecho de que fuera compañero y amigo íntimo de Tom Smart, de la importante empresa de Bilson y Slum, Cateator Street, City. Mi tío vendía para Tiggin y Welps, pero durante mucho tiempo estuvo muy cerca del mismo recorrido que Tom, y la primera noche que se conocieron mi tío se encaprichó por Tom y éste por mi tío. No había pasado media hora desde que se habían conocido cuando se habían apostado ya un sombrero nuevo a ver quién de los dos hacía el mejor litro de ponche y se lo bebía con mayor rapidez. Se consideró que mi tío ganó en la elaboración del ponche, pero que Tom Smart le venció al beberlo en la mitad de tiempo. Pidieron otro litro entre los dos para beber cada uno a la salud del otro, y desde ese momento se convirtieron en los amigos más fieles. En estas cosas hay un destino caballeros, y no podemos evitarlo.

En cuanto al aspecto personal, mi tío era algo más bajo de la media; era también algo más rollizo que los hombres ordinarios, y quizá su rostro tuviera un tono más rojizo. Tenía la cara más alegre que han visto nunca, caballeros: parecido en algo a Punch el títere, pero con la barbilla y la nariz más hermosas; sus ojos estaban siempre

chispeando y centelleando por el buen humor; y en su semblante había perpetuamente una sonrisa, y no una de esas sonrisas rígidas sin significado, sino una auténtica, alegre, cordial y amable. En una ocasión salió lanzado del calesín y se golpeó la cabeza contra una piedra señalizadora. Y allí quedó aturdido, y con tantos cortes en la cara por la gravilla que se había acumulado allí que, utilizando una fuerte expresión de mi propio tío, si su madre hubiera vuelto a visitar la tierra no le habría reconocido. La verdad, caballeros, es que cuando me pongo a pensar en el asunto estoy absolutamente seguro de que no lo habría hecho, pues murió cuando mi tía tenía dos años y siete meses de edad, y considera muy probable que, incluso aunque no hubiera habido gravilla, sus botas altas habrían asombrado no poco a la buena señora, por no hablar de su cara jovial y rojiza. Pero el caso es que allí se quedó tumbado, y he oído decir a mi tío, muchas veces, que e hombre que lo recogió dijo que sonreía tan alegre mente como si se hubiera dejado caer por una fiesta y que después de que le sangraran, las primeras débiles y vacilantes muestras de recuperación fueron que salió de un salto de la cama, soltó una risotada, besó la joven que sostenía el recipiente y pidió un trozo de cordero y una castaña adobada. Siempre le gustaron mucho las castañas adobadas, caballeros. Decía siempre que había descubierto que, sin el vinagre, tenían gusto a cerveza.

El gran viaje de mi tío se hallaba en el período otoñal, dedicado a cobrar deudas y recibir pedidos en el norte: iba desde Londres hasta Edimburgo, de Edimburgo a Glasgow, de Glasgow volvía a Edimburgo y desde allí a Londres por gusto. Queda entendido que su segunda visita a Edimburgo la hacía por su propio placer. Solía regresar durante una semana sólo para ver a sus viejos amigos; y desayunando con éste, almorzando con aquél, comiendo con un tercero y cenando con otro solía pasarse una bonita semana entera. No sé si alguno de ustedes, caballeros, ha compartido alguna vez un desayuno escocés hospitalario, sustancioso y verdadero, y ha salido luego a tomar un ligero almuerzo consistente en un barrilito de ostras, más o menos una docena de cervezas embotelladas y una o dos jarras de *whisky* para terminar. Si alguna vez lo ha hecho, estará de acuerdo conmigo en que se necesita una cabeza bastante fuerte para después salir a comer y a cenar.

¡Pero benditos sean sus corazones y sus cejas que aquello no era nada para mi tío! Estaba tan habituado que aquello no era más que un simple juego de niños. Le he oído contar que cualquier día podía encontrarse con gentes de Dundee y volver luego a casa sin tambalearse; y eso, caballeros, que los habitantes de Dundee tienen una cabeza tan fuerte como su ponche, y probablemente no podrá encontrarse otro más fuerte entre los dos polos. He oído decir que un hombre de Glasgow y otro de Dundee bebieron uno frente al otro durante quince horas seguidas. Pudo saberse que ambos se sintieron sofocados en el mismo momento, pero con esa ligera excepción, caballeros, no se sentían peor por ello.

Una noche, a las veinticuatro horas de haber decidido embarcar para Londres, mi tío se detuvo en la casa de un antiguo amigo suyo, un tal alguacil Mac con cuatro sílabas detrás que vivía en la vieja ciudad de Edimburgo. Estaban allí la esposa del alguacil, las tres hijas del alguacil y el hijo ya mayor del alguacil, y tres o cuatro amigos escoceses robustos, de cejas pobladas y hombres prudentes que el alguacil había reunido para honrar a mi tío y ayudarle a alegrarse. Fue una cena gloriosa. Tomaron salmón ahumado, bacalao finlandés, cabeza de cordero y un «haggis» —un famoso plato escocés, caballeros, que mi tío solía decir que cuando lo veía en la mesa se le asemejaba mucho a un estómago de Cupido—, y aparte otras muchas cosas cuyos nombres he olvidado, pero que no obstante eran cosas muy buenas. Las muchachitas eran hermosas y agradables; la esposa del alguacil era una de las mejores personas que hayan vivido nunca, y mi tío estaba de un humor excelente. La consecuencia de ello fue que las jóvenes damas rieron entre dientes y sofocaron risitas, y que la dama mayor se rió estruendosamente, y el alguacil y los otros tipos rugieron hasta que se les puso el rostro colorado y aquello empezaba a resultar peligroso. No puedo recordar exactamente cuántos vasos de ponche de *whisky* se bebió cada uno después de la cena, pero lo que sí sé es que hacia la una de la mañana el hijo mayor del alguacil perdió el sentido cuando iba a iniciar el primer verso de una poesía popular, y como desde hacía una hora era el único otro hombre al que podía vérsele por encima de la mesa de caoba, a mi tío se le ocurrió que casi había llegado el momento de pensar en, irse, puesto que habían comenzado a beber a las siete de la tarde, para poder regresar a casa a una hora decente. Pero pensando que no sería muy cortés irse en ese momento, se levantó de la silla, mezcló otro vaso, lo alzó a su propia salud, dirigiéndose a sí mismo un discurso limpio y lleno de cumplidos, y se le bebió con gran entusiasmo.

Como todavía nadie despertaba, mi tío se sirvió un poco más, pero esta vez sin agua, no fuera que el ponche le sentara mal, y llevándose violentamente las manos al sombrero, se lanzó a la calle.

Cuando mi tío cerró la puerta del alguacil hacía una noche ventosa, y sujetándose firmemente el sombrero sobre la cabeza, para impedir que el viento se lo llevara, se metió las manos en los bolsillos, miró hacia arriba y analizó brevemente el estado del tiempo. Las nubes pasaban por encima de la luna a la máxima velocidad: en algunos momentos la oscurecían totalmente, en otros permitían que brillara en todo su esplendor y arrojara su luz sobre todos los objetos de alrededor; después volvían a colocarse sobre ella, con mayor velocidad aún, y lo envolvían todo en la oscuridad.

—Realmente esto no va —dijo mi tío dirigiéndose al tiempo, como si se sintiera personalmente ofendido—. Esto no es en absoluto el tipo ideal de clima para mi viaje. No lo haré, a ningún precio —dijo mi tío en tono impresionante.

Y tras repetir aquello varias veces, recuperó el equilibrio con cierta dificultad —pues estaba bastante mareado por haber mirado hacia el cielo tanto tiempo— y comenzó a caminar alegremente.

La casa del alguacil estaba en Canongate, y mi tío se dirigía hacia el otro extremo de Leith Walk, un recorrido de algo más de dos kilómetros. A ambos lados de él, como lanzadas contra el cielo oscuro, había unas casas altas, esparcidas y delgadas, con las fachadas manchadas por el tiempo, y unas ventanas que parecían haber compartido el destino de los ojos de los mortales y haberse oscurecido y hundido con la edad. Las casas tenían seis, siete y ocho pisos de altura; se apilaba un piso sobre el otro como los que hacen los niños con cartas de juego, lanzando sus sombras oscuras sobre la calle desaliñadamente pavimentada y volviendo más oscura la oscuridad de la noche. Había algunas lámparas de aceite, muy lejos unas de otras, pero sólo servían para indicar la entrada sucia a algún estrecho callejón o para señalar dónde una escalera comunicaba, mediante revueltas empinadas e intrincadas, con las casas de arriba. Mirando todas aquellas cosas con la actitud de un hombre que las ha visto a menudo antes, por lo que no podía considerarlas ahora dignas de fijar en ellas la atención, mi tío subió por mitad de la calle con un pulgar metido en cada uno de los bolsillos del chaleco permitiéndose de vez en cuando variadas estrofas cantadas con tan buen espíritu y voluntad que las gentes honestas y tranquilas se sobresaltaban y despertaban de su primer sueño y se quedaban temblando en la cama hasta que el sonido desaparecía en la distancia; una vez convencidas de que se trataba sólo de algún borracho inútil que trataba de encontrar el camino de regreso a su casa, volvían a taparse para estar calientes y se dormían otra vez.

Describo en particular, caballeros, la forma en que mi tío subía por mitad de la calle con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, porque como él solía decir (y con buenas razones para ello), no hay en absoluto nada extraordinario en esta historia, a menos que entiendan claramente desde el principio que no estaba dando en absoluto un paseo maravilloso o romántico.

Caballeros, mi tío caminaba con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, tomando para sí la mitad de la calle, cantando ahora un verso de un poema de amor, luego un verso de uno etílico, y silbando melodiosamente cuando se había cansado de ambos, hasta que llegó a North Bridge, que pone en contacto las ciudades antigua y nueva de Edimburgo. Se detuvo allí un minuto para examinar los extraños e irregulares grupos de luces apilados unos encima de otros y que parpadeaban a tanta altura que parecían estrellas, brillando desde los muros del castillo por un lado y del Calton Hill por el otro, como si estuvieran iluminando castillos en el aire, mientras la antigua y pintoresca ciudad dormía pesadamente entre la oscuridad de abajo: su palacio y capilla de Holyrood, guardada día y noche, tal como solía decir un amigo de mi tío,

por la antigua sede de Arturo que se elevaba oscura e insolente, como un genio ceñudo, sobre la antigua ciudad que durante tanto tiempo había vigilado.

Digo, caballeros, que mi tío se detuvo allí un minuto para mirar a su alrededor; y luego, haciéndole un cumplido al clima, que tan poco había mejorado, mientras que la luna se estaba hundiendo, empezó a caminar de nuevo con tanta gallardía como antes, ocupando la mitad de la calle con gran dignidad, y con el aspecto de que estaría encantado de encontrarse con alguien que quisiera disputarle esa posesión. Pero sucedió que no hubo nadie dispuesto a disputársela, y así siguió adelante con los pulgares en los bolsillos del chaleco, como un apacible ser.

Cuando mi tío llegó al extremo de Leith Walk, tenía que cruzar un descampado bastante grande que le separaba de una calle corta por la que debió bajar para llegar a su alojamiento. Ahora bien, sucede que en ese descampado había en aquel tiempo un cercado perteneciente a algún carretero que tenía contratada con Correos la compra de los coches-correo desgastados por el tiempo; y a mi tío, que le encantaron los coches de mayor, de joven y de mediana edad, se le metió inmediatamente en la cabeza e salirse de su camino sin otro fin que el de escudriñas esos coches tras el cercado, y recordaba haber viste más o menos una docena de ellos amontonados en el interior en un estado de gran abandono y olvido. Mi tío, caballeros, era una persona de lo más entusiasta y simpática; por eso, al darse cuenta de que no podía tener una buena visibilidad entre las estacas saltó por encima de ellas, se sentó tranquilamente sobre un eje de rueda y empezó a contemplar los coches de correos con mucha gravedad.

Debía de haber una docena de ellos, o quizá más —mi tío no estuvo nunca seguro sobre este punto, dado que era un hombre de escrupulosa veracidad con respecto a los números, no le gustaba confesarlo—, pero allí estaban, todos amontonados en la condición más desolada que quepa imaginar. La, puertas habían sido arrancadas de los goznes y quitadas; les habían arrancado los forros; sólo algún clavo oxidado mantenía, aquí y allá, un jirón colgante; la lámparas no estaban, las varas hacía tiempo que habían desaparecido, el forjado estaba oxidado y la pintura se había caído; el viento silbaba entre las grietas de la estructura de madera, y la lluvia, que había quedado recogida en los techos, caía gota a gota en los interiores con un sonido hueco y melancólico. Eran los esqueletos en decadencia de los coches abandonados, y en ese lugar solitario, a esa hora de la noche, parecían fríos y lúgubres.

Mi tío descansó la cabeza sobre las manos y pensó en las personas atareadas y bulliciosas que años antes habrían traqueteado en los viejos coches, que ahora estaban cambiados y silenciosos; pensó en todas aquellas personas a las que uno de aquellos locos y desmoronados vehículos había llevado, noche tras noche, durante muchos años y con todo tipo de condiciones climáticas, la correspondencia ansiosamente esperada, el giro tan necesario, la promesa de salud y seguridad, el

anuncio repentino de enfermedad y muerte. El comerciante, el amante, la esposa, la viuda, la madre, el escolar e incluso el niño que tambaleándose se había acercado a la puerta a la llamada del cartero… cómo habían esperado todos la llegada del viejo coche. ¡Y dónde estarían todos ahora!

Caballeros, mi tío solía *decir* que pensó todo esto en aquel momento, pero yo sospecho más bien que lo sacó después de algún libro, pues afirmaba con claridad que cayó en una especie de siesta mientras estaba sentado sobre el viejo eje de ruedas mirando los coches de correos en decadencia, hasta que de pronto le despertaron unas campanadas de iglesia que daban las dos. Ahora bien, mi tío no fue nunca muy rápido en el pensamiento, y si había pensado todas estas cosas estoy seguro de que habría necesitado para ello, por lo menos, hasta mucho más allá de pasadas las dos y media. Por tanto, soy decididamente de la opinión, caballeros, de que mi tío cayó en una especie de adormecimiento sin haber pensado nada en absoluto.

Sea como sea, las campanas de una iglesia dieron las dos. Mi tío despertó, se frotó los ojos y se sobresaltó asombrado.

Un instante después de que el reloj diera las dos, todo aquel lugar tranquilo y desértico se había convertido en el escenario de la vida y la animación más extraordinarias. Las puertas de los coches estaban sobre sus goznes, los forros en su sitio, el forjado era tan bueno como nuevo, la pintura había sido restaurada, las lámparas encendidas, en cada pescante había cojines y grandes mantas, los mozos colocaban paquetes en todos los maleteros, los guardas amontonaban las bolsas de las cartas, los palafreneros arrojaban cubos de agua sobre las ruedas renovadas; muchos hombres se apresuraban por la zona poniendo varas en cada coche; llegaron los pasajeros, se entregaron las maletas, se colocaron los caballos; en suma, resultaba absolutamente evidente que iban a salir de inmediato todos los coches que allí había. Caballeros, mi tío abrió los ojos tanto ante todo aquello que hasta el último momento de su vida se asombró de que hubiera sido capaz de volverlos a cerrar otra vez.

—¡Vamos! —gritó una voz mientras mi tío sentía una mano en su hombro—. Ha comprado usted billete de interior. Será mejor que entre.

—¿Yo lo he comprado? —preguntó mi tío dándose la vuelta.

—Sí, claro.

Mi tío, caballeros, no era capaz de decir nada; tan asombrado estaba. Lo más extraño de todo era que aunque hubiese tal multitud de personas, y aunque estuvieran apareciendo nuevos rostros a cada momento, no podía saberse de dónde venían. Parecían brotar de alguna extraña manera del mismo suelo, o del aire, para desaparecer del mismo modo. Cuando un mozo metió su equipaje en el coche y recibió la propina, se dio la vuelta y desapareció; y antes de que mi tío hubiera empezado a preguntarse qué había sucedido con él, aparecieron media docena más

tambaleándose bajo el peso de unos paquetes que parecían lo bastante grandes como para aplastarlos. ¡Los pasajeros iban vestidos todos de manera muy extraña! Grandes capas abrochadas de falda ancha, de puños enormes y sin cuellos; y pelucas, caballeros… grandes y serias pelucas con un lazo atrás. Mi tío no podía sacar nada en limpio de todo aquello.

—¿*Va* usted a entrar ya? —dijo la misma persona que se había dirigido antes a mi tío.

Iba vestido como un escolta de correos, con peluca y capa de puños enormes, un farol en una mano y en la otra un trabuco enorme que en ese momento iba a guardar en un pequeño cofre.

—¿*Va* a entrar ya, Jack Martin? —dijo el escolta sosteniendo el farol a la altura del rostro de mi tío.

—¡Oiga! —exclamó mi tío retrocediendo uno o dos pasos—. ¡Eso es demasiada familiaridad!

—Así lo pone en el billete —contestó el escolta.

—¿Y no lleva un «señor» delante? —preguntó mi tío.

Pues pensó, caballeros, que el hecho de que un escolta al que no conocía le llamara Jack Martin era una libertad que Correos no habría permitido de haberla conocido.

—No, no lo lleva —contestó fríamente el escolta.

—¿Está pagado el billete? —preguntó mi tío.

—Claro que sí —contestó el otro.

—¿Lo está, sí lo está? ¡Pues vayamos allí entonces! ¿Qué coche es?

—Éste —contestó el escolta señalando a un coche que unía Londres con Edimburgo, pasado de moda, que tenía los escalones bajados y la puerta abierta—. ¡Un momento! Hay otros pasajeros. Déjeles entrar primero.

Mientras el escolta hablaba, apareció inmediatamente, delante de mi tío, un caballero joven de peluca empolvada y una capa color azul celeste adornada con plata, de faldones llenos y anchos, y forrada de bocací. En el lino del chaleco y el calicó estaba impreso Tiggin y Welps, caballeros, por lo que mi tío reconoció de inmediato los materiales. Llevaba pantalones hasta la rodilla, y una especie de polainas sobre las medias de seda, y zapatos con hebillas; volantes en las muñecas, sombrero de tres picos en la cabeza y una espada larga y afilada al costado. Las solapas del chaleco le llegaban hasta la mitad de los muslos, y el extremo de la corbata hasta la cintura. Caminó con paso grave hasta la puerta del coche, se quitó el sombrero y lo sostuvo por encima de la cabeza con el brazo extendido: al mismo tiempo sostenía levantado el dedo meñique como hacen algunas personas afectadas cuando toman una taza de té. Luego juntó los pies, hizo una grave reverencia y extendió la mano izquierda. Mi tío iba a adelantarse para estrechársela cordialmente cuando se dio cuenta de que

aquellas atenciones no se las dirigía a él, sino a una joven dama que en ese momento apareció al pie de los escalones, ataviada con un anticuado vestido de terciopelo verde de cintura larga y peto. No llevaba sombrero en la cabeza, caballeros, que ocultaba con una capucha de seda negra, y miró a su alrededor un instante cuando se disponía a entrar en el coche, revelando un rostro tan hermoso como mi tío no había visto nunca, ni siquiera en un cuadro. Subió al coche levantándose el vestido con una mano; y tal como decía siempre mi tío acompañándolo de un juramento rotundo, cuando contaba esta historia, no habría creído posible que existieran piernas y pies de tal perfección a menos que los hubiera visto con sus propios ojos.

Pero en ese vislumbre del hermoso rostro mi tío vio que la joven dama le lanzaba una mirada implorante, y que parecía aterrada y entristecida. Observó también que el joven de la peluca empolvada, a pesar de sus muestras de galantería, que eran grandiosas y muy finas, la sujetó con fuerza por la muñeca cuando ella subió, y se metió inmediatamente detrás. Un tipo de un mal aspecto poco común, de peluca castaña y traje de color ciruela, que llevaba una espada muy grande y botas hasta las caderas, se incluía en el grupo. Y cuando se sentó junto a la joven dama, que estaba encogida en una esquina al acercarse el otro, mi tío vio confirmada su impresión original de que iba a suceder algo oscuro y misterioso; o tal como decía siempre para sí mismo, que «había algún tornillo suelto en alguna parte». Es sorprendente con qué rapidez había decidido mi tío ayudar a la dama ante cualquier peligro, si ésta necesitaba su ayuda.

—¡Muerte y rayos! —exclamó el joven caballero llevando la mano a la espada cuando mi tío entró en el coche.

—¡Sangre y truenos! —rugió el otro caballero. Diciendo esto, sacó la espada y lanzó una estocada a mi tío sin más ceremonias. Mi tío no tenía ningún arma, pero con gran destreza le quitó de la cabeza el sombrero de tres picos al caballero de mal aspecto, y recibiendo la punta de la espada de éste con el centro del sombrero, apretó los lados y la mantuvo sujeta.

—¡Hiérele por detrás! —gritó el caballero de mal aspecto a su compañero mientras se esforzaba por recuperar la espada.

—Será mejor que no lo haga —gritó mi tío enseñando el tacón de uno de sus zapatos de modo amenazador—. Le sacaré el cerebro a patadas si tiene alguno, y si no tiene le fracturaré el cráneo.

Poniendo en ejercicio en ese momento toda su fuerza, mi tío quitó la espada al caballero de mal aspecto y la tiró limpiamente por la ventana del coche, ante lo cual el caballero más joven volvió a vociferar su grito de «¡Muerte y rayos!» y se llevó la mano a la empuñadura de la espada, con actitud feroz, pero sin sacarla. Quizá, caballeros, tal como solía decir mi tío con una sonrisa, quizá tenía miedo de alarmar a la dama.

—Vamos, caballeros —dijo mi tío sentándose con actitud decidida—. No quiero que haya muerte alguna, con o sin rayos, en presencia de una dama, y hemos tenido ya suficiente sangre y truenos para un viaje; así que, si están de acuerdo, nos sentaremos en nuestros sitios bien tranquilos. Escolta, por favor, recoja el cuchillo de tallar del caballero.

Nada más decir mi tío esas palabras apareció el escolta ante la ventanilla del coche llevando en la mano la espada del caballero. Sostuvo en alto el farol y miró fijamente el rostro de mi tío al entregárselo: con su luz mi tío vio con gran sorpresa que una multitud inmensa de escoltas de coches de correos se arremolinaba alrededor de la ventana, y que cada uno de ellos tenía la mirada fija en él.

Nunca, desde que nació, había visto un mar tan grande de rostros blancos, cuerpos rojos y ojos fijos.

«Esto es lo más extraño que me ha pasado nunca», pensó mi tío.

—Permítame que le devuelva el sombrero, señor —dijo mi tío.

El caballero de mal aspecto recibió en silencio el sombrero de tres picos, miró el agujero que tenía en el centro con actitud inquisitiva, y finalmente se lo colocó encima de la peluca con una solemnidad cuyo efecto quedó un poco dañado porque en ese mismo momento estornudó violentamente y con la sacudida volvió a destocarse.

—¡Todo en orden! —gritó el escolta del farol subiéndose al pequeño asiento de la parte posterior del coche.

Partieron. Mi tío se quedó mirando por la ventanilla del coche hacia fuera mientras salían del descampado y observó que otros coches con cocheros, escoltas, caballos y pasajeros, daban vueltas y vueltas en círculos a un trote lento de unos ocho kilómetros por hora. Mi tío, caballeros, ardía de indignación. Como hombre dedicado al comercio, pensaba que no se podía jugar con las bolsas del correo, y decidió escribir un memorial sobre el tema a la Oficina de Correos en el instante mismo en que llegara a Londres.

Sin embargo, en ese momento sus pensamientos se ocupaban de la joven dama sentada en la esquina más alejada del coche, con el rostro bien oculto bajo la capucha; el caballero de la capa azul celeste se sentaba frente a ella; el del traje color ciruela a su lado; y ambos la vigilaban estrechamente. Si ella hacía crujir demasiado los pliegues de la capucha, mi tío podía oír que el hombre de mal aspecto se llevaba la mano a la espada, y podía saber por la respiración del otro (estaba tan oscuro que no podía verle el rostro) que parecía que fuera a devorarla de un bocado. Aquélla intrigó más y más a mi tío hasta que decidió que, pasara lo que pasara, llegaría hasta el final. Sentía una gran admiración por los ojos brillantes, los rostros dulces y las piernas y los pies hermosos; en resumen, le encantaba todo lo del otro sexo. Eso va con nuestra familia, caballeros, y lo mismo me sucede a mí.

Fueron muchas las tretas que puso en práctica mi tío para atraer la atención de la dama, o al menos para introducir en conversación a los misteriosos caballeros. Pero todo en vano; los caballeros no hablaban y la dama no miraba. A intervalos sacaba la cabeza por la ventanilla del coche y vociferaba que por qué no iban más deprisa. Pero gritó hasta quedarse ronco; nadie le prestaba la menor atención. Se arrellanó en el coche y pensó en las hermosas piernas, pies y rostro que tenía delante.

Eso resultó mejor; le ayudaba a pasar el rato y le impedía preguntarse adónde iba y cómo era que se encontraba en una situación tan extraña. De todos modos, no es que aquello le preocupara mucho: mi tío, caballeros, era de esas personas totalmente libres y sencillas, vagabundas, a las que nada les importa. De pronto, el coche se detuvo.

—¡Vaya! —exclamó mi tío—. ¿Qué demonios pasa ahora?

—Baje aquí —dijo el escolta poniendo los escalones.

—¿Aquí? —gritó mi tío.

—Aquí —replicó el escolta.

—No haré nada semejante —dijo mi tío.

—Muy bien, entonces quédese donde está —dijo el escolta.

—Así lo haré —dijo mi tío.

—Muy bien —contestó el escolta.

Los demás pasajeros habían prestado gran atención a este coloquio y, viendo que mi tío estaba decidido a no bajarse, el hombre más joven pasó junto a él, rozándole, para ayudar a descender a la dama. En ese momento, el hombre de mal aspecto inspeccionaba el agujero que tenía en la parte superior de su tricornio. Cuando la joven dama le rozó al pasar, dejó caer uno de los guantes en la mano de mi tío y con los labios le susurró suavemente, tan cerca de su cara que sintió en la nariz el cálido aliento de la joven, una sola palabra: «¡Socorro!». Caballeros, mi tío saltó del coche de inmediato y con tal violencia que volvió a golpearse en los muelles.

—¡Ah! Lo ha pensado mejor, ¿no es así? —preguntó el escolta al ver a mi tío de pie en el suelo.

Mi tío le miró unos segundos, dudando si no sería lo mejor arrancarle el arcabuz, dispararlo en la cara del hombre que llevaba la espada grande, golpear con la culata en la cabeza a los demás, coger a la joven dama y salir pitando. Sin embargo, lo pensó mejor y abandonó el plan, pues su ejecución le pareció excesivamente melodramática, y siguió a los dos hombres misteriosos, quienes llevando a la dama en medio entraban ahora en una casa antigua delante de la cual se había detenido el coche. Se metieron por el pasillo y mi tío les siguió.

De todos los lugares ruinosos y desolados que había contemplado mi tío, aquél era el que más.

Daba la impresión de haber sido en otro tiempo una amplia casa de entretenimiento, pero el techo se había caído en muchos lugares y las empinadas

escaleras estaban desgastadas y rotas. En la habitación en la que entraron había una chimenea enorme ennegrecida por el humo, pero sin que hubieran encendido fuego alguno. Todavía el polvo blanquecino de la leña quemada se esparcía sobre el hogar, pero estaba frío y todo se encontraba oscuro y lúgubre.

—Bueno —dijo mi tío mirando a su alrededor—, me parece que un coche que viaja a doce kilómetros por hora y se detiene un tiempo indefinido en un agujero como éste constituye un proceder bastante irregular. Haré que se sepa esto. Escribiré a los periódicos.

Mi tío lo dijo en voz bastante alta y de una manera abierta y sin reservas con el objetivo de tratar de iniciar una conversación con los dos desconocidos. Pero ninguno de ellos se fijó en él más que lo necesario para susurrarse algo el uno al otro y mirarle aviesamente al hacerlo. La dama estaba en el otro extremo de la habitación y en una ocasión se aventuró a hacerle una seña con la mano, como pidiéndole ayuda a mi tío.

Finalmente los dos desconocidos avanzaron un poco y se inició la conversación.

—Imagino, amigo, que no sabe usted que esto es una habitación privada —dijo el caballero vestido de azul celeste.

—No, amigo, lo ignoro —contestó mi tío—. Pero si esto es un salón privado preparado especialmente para la ocasión, imagino que el salón público debe ser *verdaderamente* cómodo.

Mientras decía lo anterior, mi tío tomó con los ojos unas medidas tan exactas del caballero que Tiggin y Welps podrían haberle proporcionado calicó impreso para un traje sin que sobrara ni faltara un centímetro, basándose sólo en aquella estimación.

—Salga de esta habitación —dijeron al unísono los dos hombres llevándose las manos a las espadas.

—¿Cómo? —preguntó mi tío, que no parecía entender el significado de aquello.

—Abandone la habitación o es hombre muerte —dijo el tipo de mal aspecto y espada grande al tiempo que la sacaba y la blandía en el aire.

—¡A por él! —gritó el caballero de azul celeste sacando también la espada y retrocediendo dos o tres metros—. ¡A por él!

La dama lanzó un fuerte grito.

Ahora bien, mi tío fue famoso siempre por si gran audacia y presencia de ánimo. Aunque todo e tiempo había parecido tan indiferente a lo que estaba sucediendo, en realidad estaba buscando astuta mente algún objeto arrojadizo o arma defensiva, y en el instante mismo en el que se sacaron las espadas él veía en una esquina de la chimenea un viejo estoque de empuñadura de cestería y vaina oxidada. De un solo salto mi tío lo tuvo en la mano, lo sacó, lo blandió galantemente por encima de su cabeza, dijo en voz alta a la dama que se mantuviera apartada lanzó la silla al hombre de azul celeste y el estoque: del traje color ciruelo, y aprovechándose de la confusión cayó sobre ellos atropellándolos.

Caballeros, hay una antigua historia referente un joven y apuesto caballero irlandés —que no es peor por ser cierta—, al que cuando le preguntaron si podía tocar el violín contestó que sin duda podía, pero que no podía decirlo con seguridad porque nunca lo había intentado. Pues esa historia no deja de aplicarse a mi tío y su arte para la esgrima. Nunca antes había tenido una espada en la mano, salvo en una ocasión en la que interpretó a Ricardo III en un teatro privado: y en esa ocasión se había llegado a un arreglo con Richmond para que saliera corriendo, desde atrás, sin plantear pelea alguna. Y ahora estaba allí, combatiendo y acuchillando a dos expertos espadistas: arremetiendo y defendiendo, aguijoneando y tajando, comportándose de la manera más varonil y diestra posible aunque hasta ese momento no se había dado cuenta de que tuviera la menor idea de esa ciencia. Esto sólo demuestra lo auténtico que es el viejo refrán que dice, caballeros, que un hombre no sabe nunca lo que puede hacer hasta que lo intenta.

El ruido del combate fue terrible; cada uno de los tres combatientes juraba como un carretero, y las espadas entrechocaban con tanto ruido como si estuvieran resonando al mismo tiempo todos los cuchillos y aceros del mercado de Newport. Cuando la lucha estaba en su momento culminante, la dama (posiblemente para estimular a mi tío) se quitó totalmente el capuchón del rostro dejando al descubierto un semblante de belleza tan sorprendente que habría combatido contra cincuenta hombres para obtener una sonrisa de ella y después morir. Hasta ese momento había hecho maravillas, pero desde entonces comenzó a pulverizarlos como si fuera un gigante loco y delirante.

En ese momento el caballero de azul celeste se dio la vuelta, y viendo a la joven dama con el rostro des cubierto lanzó una exclamación de rabia y celos, volvió el arma contra el hermoso pecho de la joven, apuntó a su corazón, haciendo que mi tío lanzara un grito de aprensión que resonó en todo el edificio.

La dama se apartó con paso ligero, y quitándole de la mano la espada al joven, antes de que éste hubiera recuperado el equilibrio, lo lanzó contra la pared y después le atravesó con la espada, lo mismo que al entablado, hasta la empuñadura misma, dejándole allí clavado y fijo. Fue un ejemplo espléndido.

Mi tío, con un poderoso grito de triunfo y una fuerza irresistible obligó a su adversario a retirarse en la misma dirección y clavó el viejo espadín en centro mismo de una enorme flor roja perteneciente al dibujo de su chaleco, dejándole clavado junto su amigo; y allí quedaron los dos, caballeros, me viendo los brazos y las piernas en agonía como las figuras de los escaparates de juguetes que se mueve con un trozo de bramante. Después mi tío dijo siempre que ése era uno de los medios más seguro que conocía para deshacerse de un enemigo; pero cabía una objeción por razón de los gastos, por cuanto implicaba la pérdida de una espada por cada hombre incapacitado.

—¡El coche, el coche! —gritó la dama corriendo hasta donde estaba mi tío y rodeándole el cuello con sus hermosos brazos—. Todavía podemos escapa

—*¿Podemos?* —gritó mi tío—. Bien, querida mía, ¿no habrá nadie más a quien matar, no?

Mi tío se sintió bastante decepcionado, caballeros, pues pensó que un rato tranquilo de amores resultaría agradable tras la carnicería, aunque sólo fuera para cambiar de tema.

—No tenemos un instante que perder aquí —dijo la joven dama—. Él (y señaló al joven caballero de azul celeste) es el hijo único del poderoso marqués de Filletoville.

—Pues entonces, querida mía, me temo que no llegará nunca a heredar el título —dijo mi tío mirando fríamente al joven caballero clavado en la pared, como si fuera un escarabajo—. Ya se han cortado los vínculos, amor mío.

—He sido apartada de mi hogar y mis amigos por estos villanos —dijo la joven dama cuyos rasgos brillaban por la indignación—. En una hora más ese perverso se habría casado conmigo mediante violencia.

—¡Que el diablo confunda su desvergüenza! —exclamó mi tío lanzando una mirada de desprecio al moribundo heredero de Filletoville.

—Como podrá deducir de lo que ha visto —intervino la joven dama—, el grupo estaba dispuesto a asesinarme si apelaba a cualquiera pidiendo ayuda. Si sus cómplices nos encuentran aquí, estamos perdidos. ¡Dentro de dos minutos puede ser demasiado tarde! ¡Al coche!

Con aquellas palabras enfatizadas por sus sentimientos, y el esfuerzo de haber clavado al joven marqués de Filletoville, la dama, fatigada, se dejó caer en brazos de mi tío. Éste la cogió y la llevó hasta la puerta de la casa. Allí estaba el coche con cuatro caballos negros de cola y crines largas ya enjaezados, pero no había cochero, ni escolta, ni palafrenero a la cabeza de los caballos.

Espero, caballeros, no ser injusto con la memoria de mi tío si expreso la opinión de que aunque era soltero ya *había* tenido antes a algunas damas; en sus brazos; en realidad creo que acostumbraba besar con frecuencia a las camareras, y sé que en uno o dos casos había sido visto por algún testigo de confianza abrazar a la propietaria de una taberna de manera bien perceptible. Menciono esta circunstancia para demostrar que el hecho de que la joven y hermosa dama fuera una persona a la cual poco podía estar habituado debió afectar a mi tío éste solía decir que cuando los largos cabellos oscuros de la dama cayeron sobre su brazo, y sus hermosos ojos oscuros se fijaron en su rostro al recuperarse, él se sintió tan extraño y nervioso que le temblaron las piernas. Pero ¿quién puede contemplar el más dulce par de ojos oscuros sin sentirse raro? *Yo* no, caballeros. Me da miedo contempla algunos ojos que me sé, y ésa es la verdad.

—No me abandone nunca —murmuró la joven dama.

—Jamás —contestó mi tío con toda la intención de cumplirlo.

—¡Mi querido salvador! —exclamó la joven dama—. ¡Mi querido, amable y valiente salvador!

—No siga —dijo mi tío interrumpiéndola.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque su boca es tan hermosa cuando habla que me temo que cometeré la imprudencia de besarla —replicó mi tío.

La joven dama levantó la mano como para impedir que mi tío lo hiciera y dijo… no, no dijo nada, sonrió.

Cuando uno está contemplando los labios más deliciosos del mundo, y los ve abrirse en una sonrisa pícara, si uno está muy cerca de ellos, y no hay nadie más, no hay mejor manera de testificar la admiración propia hacia su hermoso color y forma que besándolos enseguida. Así lo hizo mi tío, y yo le honro por ello.

—¡Escuche! —gritó la joven dama sobresaltándose—. ¡Se oyen ruedas y caballos!

—Cierto —dijo mi tío prestando atención. Tenía buen oído para las ruedas y el ruido de los cascos, pero daba la impresión de que venían desde lejos tantos caballos y carruajes que era imposible conjeturar su número. El sonido era semejante al que producirían cincuenta tiros formados por seis pura sangres cada uno.

—¡Nos persiguen! —gritó la joven agarrándose las manos—. Nos persiguen. ¡Usted es mi única esperanza!

Había tal expresión de terror en su hermoso rostro que mi tío se decidió enseguida. La subió al coche, le dijo que no se asustara, volvió a unir los labios a los de ella y después, aconsejándole que subiera la ventanilla para que no entrara el aire frío subió al pescante.

—Un momento, mi amor —gritó la joven.

—¿Qué sucede? —preguntó mi tío desde el pescante.

—Quiero hablarle, sólo una palabra. Sólo una querido mío.

—¿Me bajo? —preguntó mi tío. La dama no respondió, pero volvió a sonreír. ¡Qué sonrisa, caballeros! Convirtió al otro en nada. Mi tío bajó del pescante en un santiamén.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó mi tío mirándola por la ventanilla del coche. En ese momento la dama se inclinó hacia delante y mi tío pensó que parecía todavía más hermosa que antes. En ese momento, caballeros, estaba muy cerca de ella, por lo que tenía que saberlo realmente.

—¿Qué sucede, querida? —volvió a preguntar mi tío.

—¿No amará nunca a otra, no se casará con ninguna otra? —preguntó la joven dama.

Con un juramento solemne mi tío afirmó que nunca se casaría con ninguna otra y entonces la joven dama metió la cabeza y subió la ventanilla. El tío se subió de un salto

al pescante, cuadró los codos, ajustó las riendas, cogió el látigo que estaba sobre el techo, tocó con él al primero de los caballos allá que se fueron los cuatro caballos negros de largas colas y largas crines a unas buenas quince millas inglesas por hora arrastrando detrás el viejo coche de correos.

¡Vaya! ¡Cómo corrieron a toda velocidad!

El ruido de atrás se hizo más fuerte. Cuanto más rápido iba el viejo coche, más rápido se acercaban los perseguidores: hombres, caballos y perros se habían unido en la persecución. El ruido era terrible, pero por encima de él se oía la voz de la joven dama que azuzaba a mi tío y gritaba:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

Los oscuros árboles pasaban a su lado como plumas arrastradas por un huracán. Casas, puertas, iglesias, almiares y todo tipo de objetos pasaban junto a ellos con una velocidad y ruido semejantes al de las aguas rugientes que de pronto quedan libres. Pero el ruido de la persecución se iba haciendo más fuerte, y mi tío podía seguir escuchando a la joven dama que gritaba desesperadamente:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

Mi tío utilizó con ahínco látigo y riendas, y los caballos volaron hacia delante hasta que se cubrieron de espuma; y, sin embargo, atrás el ruido aumentaba, y la joven dama seguía gritando:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

Mi tío dio una fuerte patada en el pescante, impulsado por la tensión del momento, y… descubrió que la mañana era gris y estaba sentado en el descampado sobre el pescante de un antiguo coche inglés, temblando por el frío y la humedad, y pateando el suelo para calentarse los pies. Se bajó y buscó ansiosamente en el interior a la hermosa y joven dama. ¡Pero ay! No había puerta ni asiento en el coche. Era una simple carcasa.

Evidentemente mi tío sabía muy bien que había algún misterio en aquello, y que todo había pasad exactamente tal como solía relatarlo. Permaneció fiel al juramento que había hecho a la hermosa joven dama, rechazando por ella a varias dueñas desposada con las que hubiera podido casarse, y final mente murió soltero. Siempre dijo que era curiosa, que hubiera descubierto él, por un simple accidente como el de cruzar la cerca, que todas las noches acostumbraban a viajar con regularidad los fantasmas de coches de correos y caballos, escoltas, cocheros y pasajeros. Solía añadir que creía ser la única persona viva que había sido aceptada como pasajero en una de aquellas excursiones. Y creo, caballeros, que tenía razón: al menos no he oído que le sucediera a nadie más.

EL BARÓN DE GROGZWIG

El barón Von Koëldwethout, de Grogzwig, Alemania, era probablemente un joven barón como cualquiera le gustaría ver uno. No es necesario que diga que vivía en un castillo, porque es evidente; tampoco es necesario que diga que vivía en un castillo antiguo, pues ¿qué barón alemán viviría en uno nuevo? Había muchas circunstancias extrañas relacionadas con este venerable edificio, entre las cuales no era la menos sorprendente y misteriosa el hecho de que cuando soplaba el viento, éste rugía en el interior de las chimeneas, o incluso aullaba entre los árboles del bosque circundante, o que cuando brillaba la luna ésta se abría camino por entre determinadas pequeñas aberturas de los muros y llegaba a iluminar plenamente algunas zonas de los amplios salones y galerías, dejando otras en una sombra tenebrosa. Tengo entendido que uno de los antepasados del barón, que andaba escaso de dinero, le había clavado una daga a un caballero que llegó una noche pidiendo servidumbre de paso, y se supone que estos hechos milagrosos tuvieron lugar como consecuencia de aquello. Y, sin embargo, difícilmente puedo saber cómo sucedió, pues el antepasado del barón, que era un hombre amable, se sintió después tan apenado por haber sido tan irreflexivo, y haber puesto sus manos violentas sobre una cantidad de piedras y maderos pertenecientes a un barón más débil, que construyó como excusa una capilla obteniendo un recibo del cielo como saldo a cuenta.

El hecho de haber hablado del antepasado del barón me trae a la mente los vehementes deseos de éste de que se respete su linaje. Temo no poder decir con seguridad cuántos antepasados haya tenido el barón, pero sé que había tenido muchísimos más que cualquier otro hombre de su época, y sólo deseo que haya vivido hasta fechas recientes para haber podido dejar más en la tierra. Para los grandes hombres de los siglos pasados debió ser muy duro haber llegado al mundo tan pronto, pues lógicamente un hombre que nació hace trescientos o cuatrocientos años no puede esperarse que tuviera antes que él tantos parientes como un hombre que haya nacido ahora. Este último, quienquiera que sea —y por lo que nosotros sabemos lo

mismo podría ser un zapatero remendón que un tipo bajo y vulgar—, tendrá un linaje más largo que el mayor de los nobles vivo actualmente; y afirmo que esto no es justo.

¡Bueno, pero el barón Von Koëldwethout de Grogzwig! Era un hombre guapo y atezado, de cabello oscuro y grandes mostachos que salía a cazar a caballo vestido con paño verde de Lincoln, con botas rojas en los pies, con un cuerno de caza colgado del hombro como el guarda de un campo muy amplio. Cuando soplaba su cuerno, otros veinticuatro caballeros de rango inferior, vestidos con paño verde de Lincoln un poco más basto, y botas de cuero bermejo de suelas un poco más gruesas, se presentaban directamente; y galopaban todos juntos con lanzas en las manos como barandillas de un área lacada, cazando jabalíes, o encontrándose quizá con un oso en cuyo último caso el barón era el primero en matarlo, y después engrasaba con él sus bigotes.

Fue una vida alegre la del barón de Grogzwig, y más alegre todavía la de sus partidarios, quienes bebían vino del Rin todas las noches hasta que caían bajo la mesa, y entonces encontraban las botellas en el suelo y pedían pipas. Jamás hubo calaveras tan festivos, fanfarrones, joviales y alegres como los que formaban la animada banda de Grogzwig.

Pero los placeres de la mesa, o los placeres de debajo de la mesa, exigen un poco de variedad; sobre todo si las mismas veinticinco personas se sientan diariamente ante la misma mesa para hablar de lo mismos temas y contar las mismas historias. El barón se sintió aburrido y deseó excitación. Empezó a disputar con sus caballeros, y todos los días, después de la cena, intentaba patear a dos o tres de ellos. Al principio aquello resultó un cambio agradable, pero al cabo de una semana se volvió monótono, el barón se sintió totalmente indispuesto y buscó, con desesperación, alguna diversión nueva.

Una noche, tras los entretenimientos del día e los que había ido más allá de Nimrod o Gillingwater, y matado «otro hermoso oso», llevándolo después a casa en triunfo, el barón Von Koëldwethout se sentó desanimado a la cabeza de su mesa contemplando con aspecto descontento el techo ahumado del salón. Trasegó enormes copas llenas de vino, pero cuanto más bebía más fruncía el ceño. Los caballeros que habían sido honrados con la peligrosa distinción de sentarse a su derecha y a su izquierda lo imitaron de manera milagrosa en el beber y se miraron ceñudamente el uno al otro.

—¡Lo haré! —gritó de pronto el barón golpeando la mesa con la mano derecha y retorciéndose el mostacho con la izquierda—. ¡Preñaré a la dama de Grogzwig!

Los veinticuatro verdes de Lincoln se pusieron pálidos, a excepción de sus veinticuatro narices, cuyo color permaneció inalterable.

—Me refiero a la dama de Grogzwig —repitió el barón mirando la mesa a su alrededor.

—¡Por la dama de Grogzwig! —gritaron los verdes de Lincoln, y por sus veinticuatro gargantas bajaron veinticuatro pintas imperiales de un vino del Rin tan viejo y extraordinario que se lamieron sus cuarenta y ocho labios, y luego pestañearon.

—La hermosa hija del barón Von Swillenhausen —añadió Koëldwethout, condescendiendo a explicarse—. La pediremos en matrimonio a su padre en cuanto el sol baje mañana. Si se niega a nuestra petición, le cortaremos la nariz.

Un murmullo ronco se elevó entre el grupo; todos los hombres tocaron primero la empuñadura de su espada, y después la punta de su nariz, con espantoso significado.

¡Qué agradable resulta contemplar la piedad filial! Si la hija del barón hubiera suplicado a un corazón preocupado, o hubiera caído a los pies de su padre cubriéndolos de lágrimas saladas, o simplemente si se hubiera desmayado y hubiera cumplimentado luego al anciano caballero con frenéticas jaculatorias, las posibilidades son cien contra una a que el castillo de Swillenhausen habría sido echado por la ventana, o habrían echado por la ventana al barón y el castillo habría sido demolido. Sin embargo, la damisela mantuvo su paz cuando un mensajero madrugador llevó la mañana siguiente la petición de Von Koëldwethout, y se retiró modestamente a su cámara, desde cuya ventana observó la llegada del pretendiente y su séquito. En cuanto estuvo segura de que el jinete de los grandes mostachos era el que se le proponía como esposo, se precipitó a presencia de su padre y expresó estar dispuesta a sacrificarse para asegurar la paz del anciano. El venerable barón cogió a su hija entre sus brazos e hizo un guiño de alegría.

Aquel día hubo grandes fiestas en el castillo. Los veinticuatro verdes de Lincoln de Von Koëldwethout intercambiaron votos de amistad eterna con los doce verdes de Lincoln de Von Swillenhausen, y prometieron al viejo barón que beberían su vino «hasta que todo se volviera azul», con lo que probablemente querían significar que hasta que todos sus semblantes hubieran adquirido el mismo tono que sus narices. Cuando llegó el momento de la despedida todos palmeaban las espaldas de todos los demás, y el barón Von Koëldwethout y sus seguidores cabalgaron alegremente de regreso a casa.

Durante seis semanas mortales jabalíes y osos tuvieron vacaciones. Las casas de Koëldwethout y Swillenhausen estaban unidas; las lanzas se aherrumbraron, y el cuerno de caza del barón contrajo ronquera por falta de soplidos.

Aquéllos fueron momentos importantes para los veinticuatro, pero ¡ay!, sus días elevados y triunfales estaban ya calzándose para disponerse a irse.

—Querido mío —dijo la baronesa.

—Mi amor —le respondió el barón.

—Esos hombres toscos y ruidosos…

—¿Cuáles, señora? —preguntó el barón sorprendido.

Desde la ventana junto a la que estaban, la baronesa señaló el patio inferior en donde, inconscientes de todo, los verdes de Lincoln estaban realizando copiosas libaciones estimulantes como preparativo para salir a cazar uno o dos verracos.

—Son mi grupo de caza, señora —le informó el barón.

—Licéncialos, amor —murmuró la baronesa.

—¡Licenciarlos! —gritó el barón con asombro.

—Para complacerme, amor —contestó la baronesa.

—Para complacer al diablo, señora —respondió el barón.

Entonces la baronesa lanzó un gran grito y se desmayó a los pies del barón.

¿Qué podía hacer el barón? Llamó a la doncella de la señora y rugió pidiendo un doctor; y luego, saliendo a la carrera al patio, pateó a los dos verdes de Lincoln que más habituados estaban a ello, y maldiciendo a todos los demás les pidió que se marcharan… aunque no le importaba adónde. No sé la expresión alemana para ello, pues si la conociera lo habría podido describir delicadamente.

No me corresponde a mí decir mediante qué medios, o qué grados, algunas esposas consiguen someter a sus esposos de la manera que lo hacen, aunque sí puedo tener mi opinión personal sobre el tema, y pensar que ningún Miembro del Parlamento debería estar casado, por cuanto que tres miembros casados de cada cuatro votarán de acuerdo con la conciencia de su esposa (si la tienen), y no de acuerdo con la suya propia. Lo único que necesito decir ahora es que la baronesa von Koëldwethout adquirió de una u otra manera un gran control sobre el barón von Koëldwethout, y que poco a poco, trocito a trocito, día a día y año a año el barón obtenía la peor parte de cualquier cuestión disputada, o era astutamente descabalgado de cualquier antigua afición; y así, cuando se convirtió en un hombre grueso y robusto de unos cuarenta y ocho años, no tenía ya fiestas, ni jolgorios, ni grupo de caza ni tampoco caza: en resumen, no le quedaba nada que le gustara o que hubiera solido tener; y así, aunque fue tan valiente como un león, y tan audaz como descarado, fue claramente despreciado y reprimido por su propia dama en su propio castillo de Grogzwig.

Y no acaban aquí todos los infortunios del barón. Aproximadamente un año después de sus nupcias vino al mundo un barón robusto y joven en cuyo honor se dispararon muchos fuegos artificiales y se bebieron muchas docenas de barriles de vino; pero al año siguiente llegó una joven baronesa y cada año otro joven barón, y así un año tras otro, o un barón o una baronesa (y un año los dos al mismo tiempo), hasta que el barón se encontró siendo padre de una pequeña familia de doce. En cada uno de esos aniversarios la venerable baronesa Von Swillenhausen se ponía muy nerviosa y sensible por el bienestar de su hija la baronesa Von Koëldwethout, y aunque no se sabe que la buena dama hiciera nunca nada real que contribuyera a la recuperación de su hija, seguía considerando un deber ponerse tan nerviosa como fuera posible en el castillo de Grogzwig, y dividir su tiempo entre observaciones morales sobre la forma

en que se llevaba la casa del barón y quejarse por el duro destino de su infeliz hija. Y si el barón de Grogzwig, algo herido e irritado por esa conducta, cobraba valor y se aventuraba a sugerir que su esposa al menos no estaba peor que las esposas de otros barones, la baronesa Von Swillenhausen suplicaba a todas las personas que se dieran cuenta de que nadie salvo ella simpatizaba con los sufrimientos de su hija; y con aquello, sus parientes y amigos comentaban que con toda seguridad ella sufría mucho más que su yerno, y que si existía algún animal vivo de corazón duro, ése era el barón de Grogzwig.

El pobre barón lo soportó todo mientras pudo, y cuando no pudo soportarlo ya más perdió el apetito y el ánimo, y se quedó sentado lleno de tristeza y aflicción. Pero todavía le aguardaban problemas peores, y cuando le llegaron aumentó su melancolía y su tristeza. Cambiaron los tiempos; se endeudó. Las arcas de Grogzwig, que la familia Swillenhausen había considerado inagotables, se vaciaron; y precisamente cuando la baronesa estaba a punto de sumar la decimotercera adición al linaje de la familia, Von Koëldwethout descubrió que carecía de medios para reponerlas.

—No veo qué se puede hacer —dijo el barón—. Creo que me suicidaré.

Fue una idea brillante. El barón cogió un viejo cuchillo de caza de un armario que tenía al lado, y tras afilarlo sobre la bota, le hizo a su garganta lo que los muchachos llaman «una oferta».

—¡Bueno! —exclamó el barón al tiempo que detenía la mano—. Quizá no esté lo bastante afilado.

El barón lo afiló de nuevo e hizo otro intento, pero detuvo su mano un fuerte griterío que se produjo entre los jóvenes barones y baronesas, reunidos todos en un salón infantil situado arriba de la torre con barras de hierro por el exterior de las ventanas para impedir que se lanzaran al foso.

—Si hubiera sido soltero —dijo el barón suspirando—, podría haberlo hecho más de cincuenta veces sin que me interrumpieran. ¡Vamos! Lleva una botella de vino y la pipa más grande a la pequeña habitación abovedada que hay tras el salón.

Una de las criadas ejecutó de la manera más amable posible la orden del barón en el curso de una media hora, y Von Koëldwethout, tras apreciar que así había sido hecho, se dirigió a grandes zancadas hacia la habitación abovedada cuyas paredes, que eran de una madera oscura y brillante, relucían al fuego de los leños ardientes apilados en el hogar. La botella y la pipa estaban dispuestas y el lugar parecía en general muy cómodo.

—Deja la lámpara —ordenó el barón.

—¿Alguna otra cosa, mi señor? —preguntó la criada.

—Soledad —contestó el barón. La criada obedeció y el barón cerró la puerta.

—Fumaré una última pipa y luego pondré fin a todo —dijo el barón.

El señor de Grogzwig dejó el cuchillo sobre la mesa, hasta que lo necesitara, se sirvió una buena medida de vino, se echó hacia atrás en la silla, estiró las piernas delante del fuego y se desinfló.

Pensó en muchísimas cosas, en sus problemas de hoy y en los días pasados, cuando era soltero, en los verdes de Lincoln, que desde hacía tiempo habían sido dispersados por el país, sin que nadie supiera dónde estaban con la excepción de dos, que desgraciadamente habían sido decapitados, y cuatro que se habían matado de tanto beber. Su mente pensó en osos y verracos, cuando en el momento de beberse la copa hasta el fondo alzó la mirada y vio por primera vez, con asombro ilimitado, que no estaba solo.

No, no lo estaba; pues al otro lado del fuego se hallaba sentada con los brazos cruzados una horrible y arrugada figura, de ojos profundamente hundidos e inyectados en sangre, rostro cadavérico de inmensa longitud ensombrecido por unas grejas enmarañadas y mal cortadas de cabellos negros recios. Vestía una especie de túnica de color azulado desvaído que, como observó el barón contemplándola atentamente, estaba ornamentada llevando por delante, a modo de cierres, asideros de ataúd. También llevaba las piernas cubiertas por planchas de ataúd, a modo de armadura; y sobre el hombro izquierdo llevaba un corto manto oscuro que parecía hecho con los restos de un paño mortuorio. No prestaba atención al barón, pues miraba fijamente el fuego.

—¡Hola! —exclamó el barón al tiempo que golpeaba el suelo con los pies para llamar su atención.

—¡Hola! —replicó el otro dirigiendo la mirada hacia el barón, pero sólo los ojos, no el rostro—. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —contestó el barón sin acobardarse en lo más mínimo por la voz hueca y la mirada carente de brillo del otro—. Soy yo el que debería hacer esa pregunta. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Por la puerta —contestó la figura.

—¿Quién es? —preguntó el barón.

—Un hombre —contestó la figura.

—No le creo —dijo el barón.

—Pues no lo crea —contestó la figura.

—Eso es lo que haré —replicó el barón.

La figura se quedó mirando un tiempo al osado barón de Grogzwig, y luego, en tono familiar dijo:

—Ya veo que nadie lo puede persuadir. ¡No soy un hombre!

—Entonces ¿qué es? —preguntó el barón.

—Un genio —contestó la figura.

—Pues no se parece mucho a ninguno —contestó burlonamente el barón.

—Soy el genio de la desesperación y el suicidio. Ahora ya me conoce.

Tras decir esas palabras, la aparición se puso de cara al barón, como si se preparara para una conversación; y lo más notable de todo fue que apartó el manto hacia un lado, mostrando así una estaca que le recorría el centro del cuerpo. Se la sacó con un movimiento brusco y la dejó sobre la mesa con el mismo cuidado que si se tratara de un bastón de paseo.

—¿Está dispuesto ya para mí? —preguntó la figura fijando la mirada en el cuchillo de caza.

—No del todo. Primero he de terminar esta pipa.

—Entonces aligere —exclamó la figura.

—Parece tener prisa —contestó el barón.

—Pues bien, sí, la tengo. Hay ahora muchos asuntos de los míos en Inglaterra y Francia, y mi tiempo está ocupadísimo.

—¿Bebe? —preguntó el barón tocando la botella con la cazoleta de la pipa.

—Nueve veces de cada diez, y siempre con exageración —replicó secamente la figura.

—¿Nunca con moderación?

—Jamás —contestó la figura con un estremecimiento—. Eso produce alegría.

El barón echó otra ojeada a su nuevo amigo, a quien consideró como un parroquiano verdaderamente extraño, y finalmente le preguntó si tomaba parte activa en acontecimientos como los que había estado contemplando.

—No —contestó la figura en tono evasivo—. Pero estoy siempre presente.

—Para contemplar imparcialmente, supongo —dijo el barón.

—Exactamente —contestó la figura jugueteando con la estaca y examinando la punta—. Dese toda la prisa que pueda, ¿quiere? Pues hay un joven caballero que ahora me necesita porque le aflige el tener demasiado dinero y tiempo libre, o eso me parece.

—¿Va a suicidarse porque tiene demasiado dinero? —exclamó el barón, realmente divertido—. ¡Ja, ja! Ésa sí que es buena.

(Aquélla fue la primera vez que el barón se rió desde hacía mucho tiempo).

—Le ruego que no vuelva a hacer eso —le reconvino la figura, que parecía muy asustada.

—¿Y por qué no? —preguntó el barón.

—Porque me produce un gran dolor. Suspire todo lo que quiera: eso me hace sentir bien.

Al escuchar la mención de la palabra, el barón suspiró mecánicamente; la figura, animándose de nuevo, le entregó el cuchillo de caza con la cortesía más encantadora.

—Y, sin embargo, no es mala idea, un hombre que se suicida porque tiene demasiado dinero —comentó el barón al tiempo que sentía el borde del arma.

—¡Bah! No mejor que la de un hombre que se suicida porque no tiene nada, o tiene demasiado poco —contestó la aparición con petulancia.

No tengo manera de saber si el genio se comprometió sin intención alguna al decir eso o si es que pensó que la mente del barón estaba ya tan decidida que no importaba lo que dijera. Lo único que sé es que el barón detuvo al instante la mano, abrió bien los ojos y miró como si en ellos hubiera entrado por primera vez una luz nueva.

—Bueno, la verdad es que no hay nada que sea lo bastante malo como para quitarse de en medio por ello —dijo Von Koëldwethout.

—Salvo las arcas vacías —gritó el genio.

—Bien, pero un día pueden llenarse de nuevo —añadió el barón.

—Las esposas regañonas —le reconvino el genio.

—¡Ah! Se las puede hacer callar —contestó el barón.

—Trece hijos —gritó el genio.

—Seguramente no todos saldrán malos —replicó el barón.

Evidentemente el genio se estaba enfadando bastante por el hecho de que de pronto el barón sostuviera esas opiniones, pero intentó tomárselo a broma y dijo que se sentiría muy agradecido hacia él si le permitía saber cuándo iba a dejar de tomárselo a risa.

—Pero si no estoy bromeando, nunca estuve tan lejos de eso —protestó el barón.

—Bueno, me alegra oír eso —respondió el genio con aspecto ceñudo—. Porque una broma que no sea un juego de palabras es la muerte para mí. ¡Vamos! ¡Abandone enseguida este mundo terrible!

—No sé —dijo el barón jugueteando con el cuchillo—. Ciertamente que es terrible, pero no creo que el suyo sea mucho mejor, pues no tiene aspecto de encontrarse especialmente cómodo. Eso me recuerda que me sentía muy seguro de obtener algo mejor si abandonaba este mundo… —de pronto lanzó un grito y se incorporó—: nunca había pensado en esto.

—¡Concluya! —gritó la figura castañeteando los dientes.

—¡Fuera! —le contestó el barón—. Dejaré de meditar sobre las desgracias, pondré buena cara y probaré de nuevo con el aire libre y los osos; y si eso no funciona, hablaré sensatamente con la baronesa y acabaré con los Von Swillenhausen.

Tras decir aquello, el barón volvió a sentarse en la silla y rió con tanta fuerza y alboroto que la habitación resonó.

La figura retrocedió uno o dos pasos mirando entretanto al barón con terror intenso, y después recogió la estaca, se la metió violentamente en el cuerpo, lanzó un aullido atemorizador y desapareció.

Von Koëldwethout no volvió a verla nunca. Una vez que había decidido actuar, inmediatamente obligó a razonar a la baronesa y a los Von Swillenhausen, y murió

muchos años después; no como un hombre rico que yo sepa, pero como un hombre feliz: dejó tras él una familia numerosa que fue cuidadosamente educada en la caza del oso y el verraco bajo su propia vigilancia personal. Y mi consejo a todos los hombres es que si alguna vez se sienten tristes y melancólicos por causas similares (como les sucede a muchos hombres), contemplen los dos lados del asunto, y pongan un cristal de aumento sobre el mejor; y si todavía se sienten tentados a irse sin permiso, que primero se fumen una gran pipa y se beban una botella entera, y aprovechen el laudable ejemplo del barón de Grogzwig.